

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERIE
**PUNTO
ROJO**

una asesina en mi casa

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



KEITH LUGER

UNA ASESINA EN CASA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 479

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Déposito legal: B 15.830 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: junio, 1971

© KEITH LUGER, 1971
sobre la parte literaria

© ENRIQUE MARTIN, 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.219 — Una sogá para un forastero.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.079 — La novia se manchó de sangre.

En Colección BUFALO:

923 — Relevó de un *sheriff* viejo.

En Colección SALVAJE TEXAS:

729 — La venganza es mi oficio.

En Colección KANSAS:

867 — Mala hierba nunca muere.

En Colección BRAVO OESTE;

514 — Plomo para un entrometido.

En Colección PUNTO ROJO:

473 — El motel de los fantasmas.

En Colección CALIFORNIA:

752 — La historia de Buby *el Llorón*.

En Colección ASES DEL OESTE:

575 — Cita con el diablo.

En Colección COLORADO:

810—¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

73 — Río Amarillo.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

26 — El granuja y la dama.

CAPÍTULO PRIMERO

Corría el año de 1625.

Estaba oscureciendo.

Un relámpago iluminó el cielo de nubes negras.

Un carruaje circulaba velozmente por una estrecha carretera, por la región de las montañas Azules, en los Cárpatos.

El cochero hacía restallar su látigo sobre los cuatro caballos, que corrían soltando espumarajos.

En el interior del vehículo viajaban dos hombres. Uno de ellos era *sir* Alexander Farrell. Tenía ochenta años.

Frente a él estaba su criado, el otro viajero, Frank Holden.

El conde tenía el rostro lleno de arrugas.

—Estamos cerca, Frank.

El criado, de unos treinta años, no pudo evitar un escalofrío.

—¿Está seguro, *sir*?

—Sí, Frank.

—¿Por qué no se cerciora?

Sir Farrell metió la mano en su abrigo y sacó un viejo libro de hojas amarillentas, encuadernado en piel reseca, color hueso. Abrió el libro y pasó unas hojas.

—Aquí lo dice claro, Frank.

—¿Qué es lo que dice, *sir*?

«Lego el anillo a mis sucesores. Yo, el conde Walestzy, maldigo a cualquiera otra persona que por cualquier forma entrase en posesión del anillo, porque sólo puede pertenecer a la rama de los Walestzy. Que la maldición de los infiernos caiga sobre cualquier usurpador. Aquel que posea el anillo, y que no sea un Walestzy, tendrá su esmeralda, y ella será para él como tener una asesina en su casa...».

—*Sir* Farrell... Debe tener en cuenta esa maldición.

El aristócrata inglés sonrió.

—No, no la tengo en cuenta.

—Pero la maldición de ese conde Walestzy caerá sobre usted si...

—Si me atrevo a apoderarme del anillo —terminó el anciano.

—Todavía podemos retroceder.

—No, Frank. Ya no retrocederemos. Nos ha costado mucho tiempo llegar.

—Sólo hemos perdido una semana, *sir*. Y porque siempre hemos estado subiendo montañas y más montañas. Pero como el regreso es bajada, estoy seguro que, en cuatro días, llegaríamos a Venecia. ¿Se acuerda de lo preciosa que nos pareció Venecia? La plaza de San Marcos y sus palomas. En cambio, desde que entramos en esta región, sólo veo montañas, árboles y nieve.

En aquel momento se oyeron los aullidos lejanos de un lobo.

Frank se estremeció nuevamente.

—Y hasta lobos. Los lobos no faltan en este país que está maldito... Oh, perdón, *sir* Farrell, no quise decir eso.

El cochero fustigaba los caballos y ahora, cada vez que lo hacía, acompañaba cada latigazo con unas frases que el criado no entendía porque las pronunciaba en su extraño idioma.

—¿Entiende usted al cochero, *sir* Farrell?

—Sí, Frank.

—¿Qué está diciendo?

—Está rezando.

—¿Rezando? ¿Por qué?

—Para que los malos espíritus se aparten de su camino.

Frank pegó un bote en el asiento.

—*Sir* Farrell, ¿hay espíritus aquí además de lobos?

—Sí, Frank, y hasta vampiros.

El criado empalideció.

—¿Vampiros? ¿Se refiere a esos fulanos que tienen dos colmillos en la boca... —Se llevó las manos a los labios, imitando los colmillos del vampiro—, y que de noche se meten en la habitación de uno... y le chupan la sangre?

—Sí, Frank.

—*Sir* Farrell, quiero volver a Inglaterra. La gente dirá lo que

quiera, pero prefiero Londres, con su niebla espesa, a estas montañas en donde hay tantas cosas feas.

De pronto el cochero empezó a tirar de las bridas y el carruaje fue deteniendo su marcha.

Frank se asomó por la ventanilla.

—¿Por qué se detiene el cochero? Yo no veo ninguna casa.

—Pregúntale.

Cuando el coche se detuvo, Frank Holden abrió la portezuela, pero no saltó del vehículo al ver la nieve que lo rodeaba.

—Eh, amigo, ¿por qué nos detenemos?

—No seguir.

—¿Por qué?

—No seguir.

Frank miró a *sir* Farrell.

—Ya lo ha oído, *sir*. No quiere seguir, y no quiere seguir.

El anciano cogió un bastón. Se movió para bajar y sus huesos crujieron. Eso le hizo dar un grito de dolor. Padecía una enfermedad que lo estaba llevando rápidamente a la tumba.

Se puso a hablar en el idioma del cochero, y éste le contestó.

El criado no entendió nada.

Al fin, *sir* Farrell se volvió hacia el criado.

—Baja las maletas.

—¿Bajar las maletas?

—Nos quedamos.

—¿Que nos quedamos? Sólo veo nieve y árboles, y apuesto a que detrás de cada árbol hay un lobo.

—Déjate de tonterías y saca las maletas. El cochero me ha dicho que sólo estamos a una milla de nuestro destino. Haremos el resto del viaje a pie.

—¿Por qué no nos quiere llevar hasta allí?

—Porque tiene miedo.

—Yo también lo tengo, y su deber es llevamos.

—He tratado de convencerlo ofreciéndole primero el doble, y luego el triple, por llevarnos hasta allí. Pero no quiere oír hablar de más ganancias.

—Es un hombre sensato, *sir* Farrell, y nosotros deberíamos regresar con él.

—Calla y obedece, Frank.

Holden hizo un gesto compungido, pero se dedicó durante los siguientes minutos a descargar el equipaje, aunque lo hizo rezongando por lo bajo.

Mientras tanto, *sir* Farrell pagaba al cochero el precio convenido.

Frank todavía tenía una maleta cogida por el asa cuando el carruaje arrancó.

El criado perdió el equilibrio y cayó de bruces sobre la nieve.

—Pero ¿qué hace? ¡Párese!

El cochero no le hizo ningún caso.

—¡Párese!... ¡La maleta!

Pero el cochero no detuvo el vehículo.

—¡Eh, *sir*, se lleva una maleta!

—Déjalo.

—Era la mía.

—No estaremos mucho tiempo en el castillo del conde Walestzy.

—Oh, claro. —Frank dirigió una mirada a su alrededor—. Los vampiros se encargarán de nosotros.

—Olvida los vampiros.

—Eso quisiera yo.

—No hay vampiros. Coge ya la maleta y pongámonos en marcha o nos caerá la noche.

Otro rayo iluminó el paisaje y luego siguió el trueno.

—¡Dios mío! —exclamó Frank—. Parece que se acerque el fin del mundo.

—¡Vamos, Frank! ¡Date prisa!

Holden cogió la única maleta que había quedado en la nieve y siguió a *sir* Farrell, que caminaba dificultosamente, apoyándose en el bastón.

Un poco más allá, de la carretera partía un camino más estrecho, bordeado de olmos con ramas secas.

El conde Farrell siguió ese camino y Frank fue detrás.

—*Sir* Farrell, no comprendo que haga usted caso a lo que dice un libro. Y además, fue escrito hace más de doscientos años.

—Cierra la boca.

—Usted me dijo al partir de Londres que podía hablar con usted.

—Pero no me gusta que digas tonterías.

Siguieron avanzando en silencio.

Se levantó un fuerte viento que producía silbidos al chocar contra los árboles.

Frank miraba con terror a un lado y a otro.

La oscuridad se iba adueñando rápidamente de la tierra.

De súbito, a la vuelta de aquel camino, *sir* Farrell, y su criado se detuvieron.

Allí, al fondo, había un castillo sobre unos riscos.

—¡Cielos, una aparición! —exclamó Frank.

El rostro de piel apergaminada de *sir* Farrell dibujó una sonrisa. Sus ojos brillaron más.

—El castillo del conde Walestzy —murmuró.

—Perdone, *sir*, pero ahí no debe vivir nadie.

—Sé que en el castillo vive el conde Walestzy.

—Pero no hay ninguna ventana iluminada.

—Porque todavía no lo crearán necesario.

—Oh, claro, si el conde es un vampiro y duerme en un ataúd, no necesitará ninguna vela.

—Eres un mentecato, Frank.

—Sí, yo soy un mentecato, pero usted es un atrevido, si me permite decirlo.

—¡No te permito decir nada! Hemos llegado a nuestro destino.

—En eso creo que ha acertado. Es nuestro destino quedamos aquí para siempre.

—Deja de renegar ya. Continuaremos.

El amo y su criado siguieron el camino hacia el castillo.

Parecía que estaba muy cerca, pero aquella distancia resultó pesada de recorrer debido a que el terreno era cada vez más quebrado.

Por fin llegaron ante el portón.

Entonces empezó a nevar.

—Lo que nos faltaba —dijo Frank.

Sir Farrell cogió el enorme aldabón y lo hizo chocar.

Pasaron dos minutos.

—¿Lo ve, *sir* Farrell? Yo tenía razón. Aquí no vive nadie.

El conde volvió a golpear con el aldabón.

Un nuevo rayo iluminó el firmamento, y el estruendo que produjo hizo temblar a Frank Holden.

—Amo, si volvemos al pueblo, le prometo cargar el baúl sin

quejarme.

El criado se interrumpió porque en aquel momento se abrió una mirilla del portón y vio dos ojos que parecían dos ascuas.

CAPÍTULO II

—¿Qué quieren? —dijo una voz.

—Soy *sir* Alexander Farrell... Vengo acompañado por mi criado.

—He preguntado qué quieren.

—Estábamos viajando y tuvimos un accidente... Sé que aquí vive el conde Walestzy, y he pensado pedirle albergue por esta noche...

Los ojos fosforescentes no se apartaron de la mirilla.

—Hay un pueblo a ocho millas.

—Sí, ya lo sabemos —contestó *sir* Farrell—. Y habríamos ido a la posada, pero nos ha sorprendido la tormenta. Está nevando y me temo que no podríamos llegar. Mi criado y yo nos quedaríamos congelados por el frío. Por favor, ¿es usted el conde Walestzy?

—No, sólo soy su criado Sergio.

—Entonces, dígame al conde Walestzy quién soy yo. Se lo repetiré.

—No hace falta que lo repita. Ya sé quién es. Esperen.

Los ojos fosforescentes se retiraron de la mirilla, y ésta se cerró de nuevo.

Frank Holden se sopló en las manos.

—No nos abrirán, *sir* Farrell. Tendremos que irnos a la posada del pueblo, si es que los lobos nos dejan llegar.

—No puedo renunciar a entrar en el castillo. No puedo, Frank. Ya me queda poco... poco.

—¿A qué se refiere?

—A que me estoy muriendo.

—Oh, no, *sir* Farrell.

—Sí, Frank, me estoy muriendo. Lo sé. Apenas siento las palpitaciones de mi corazón... Moriré esta noche si...

Frank gimió.

—Oh, no, *sir* Farrell, no se muera dejándome aquí.

—¡Cállate!

Frank se sopló otra vez las manos.

A la otra parte del portón se produjo un ruido. Habían dado vuelta a una llave y luego retiraron una barra.

La puerta se abrió soltando unos chirridos tan espantosos que a Frank se le erizó el cabello.

El hombre de los ojos fosforescentes estaba en el hueco. Era muy alto, escuálido, de mejillas chupadas.

—El conde Walestzy les permite pasar la noche en su castillo.

—El conde Walestzy es muy generoso —le contestó *sir* Farrell.

El aristócrata inglés y su criado se encontraron en un *hall* alfombrado. A la derecha había armaduras. Frank vio la primera y dio un respingo porque aquella armadura conservaba su espada, una enorme espada medieval.

Al fondo había una escalera de piedra que se dividía arriba en dos brazos.

El criado llamado Sergio hizo una inclinación.

—El conde Walestzy se disculpa por no recibirles, pero se encuentra en estos momentos ocupado. Yo los conduciré a sus habitaciones y, dentro de una hora, el conde Walestzy tendrá mucho gusto en cenar con usted, *sir* Farrell.

—Gracias.

—Su criado comerá conmigo, en la cocina.

Frank se quedó con la boca abierta, mirando al criado porque no le gustaba tener que comer con él. Le impresionaban mucho sus ojos, que parecían los de un iluminado.

Sir Farrell tuvo que golpear a Frank con el bastón en una pierna porque el criado Sergio les había tomado mucha delantera.

Frank corrió con la maleta.

Subieron la escalera y se internaron por un largo corredor cuyas paredes estaban cubiertas por tapices.

Sir Farrell se detuvo observando los dibujos del tapiz. Eran bacanales donde se veían seductoras mujeres.

—Hermosos trabajos florentinos —comentó.

—Ahí quisiera estar yo —dijo Frank Holden—, y no aquí.

El criado Sergio tosió suavemente desde el fondo. Había abierto una puerta.

—Aquí hay dos habitaciones, *sir* Farrell. Una para usted y otra para su criado.

Sir Farrell y Frank Holden reanudaron la marcha, y entraron en la estancia. Pero se detuvieron enseguida porque estaban a oscuras.

Sergio frotó un fósforo.

—Con permiso —dijo.

Entró en la estancia y se acercó a una mesa, donde había un candelabro con cinco velas. Las encendió y *sir* Farrell y Frank pudieron ver una cama con dosel al fondo, algunas sillas de alto respaldo, un enorme cofre.

Sergio hizo una reverencia.

—Me retiro, *sir* Farrell.

—Gracias por todo. Bajaremos en una hora.

Sergio cerró la puerta desde el corredor y sus pasos se perdieron en la distancia.

Sir Farrell sonrió.

—Ya estamos dentro, Frank.

—Yo quisiera estar fuera.

De pronto, *sir* Farrell se tambaleó. Se fue hacia la cama mientras gemía:

—¡La pastilla, Frank!... ¡Dame la pastilla!

—Sí, señor —bailoteó nervioso Holden buscándose en los bolsillos.

—¡Frank, la pastilla o me muero!

El criado logró sacar un frasco, en donde había unas pastillas de color rosa. Extrajo una, muy nervioso, y corrió hacia *sir* Farrell.

—¡Pero no veo el agua!

—No importa.

Sir Farrell se introdujo la pastilla en la boca y la tragó.

—Ayúdame hasta el lecho, Frank. Tengo que acostarme.

Frank le ayudó a tenderse en la cama.

El rostro de *sir* Farrell no parecía tener ya una gota de sangre porque estaba pálido como un muerto.

—Te lo advertí, Frank. Estoy llegando al final.

—¡No se muera aquí...! ¡No se muera aquí, *sir* Farrell!

—No depende del hombre elegir el momento de su muerte.

—No diga eso, *sir* Farrell. Usted está sano como un roble.

Sir Farrell cerró los ojos.

Frank no supo si echar a correr en busca de auxilio. Se acordó del criado y de aquel conde Walestzy, al que todavía no había visto.

—¡*Sir* Farrell!

—Ya se me está pasando.

—¿De verdad? ¿No lo dice para animarme?

Sir Farrell abrió los ojos.

—No, Frank, estoy un poco mejor, pero sólo un poco.

—Apuesto a que puede levantarse.

—Sí, tendré que levantarme para poder hablar con el conde Walestzy. Pero te repito lo que te dije. No pasaré de esta noche.

—Temamos que habernos quedado en Venecia o en esa otra ciudad..., ¿cómo se llama?... Oh, sí, Florencia, donde hay tantas mujeres hermosas.

—No digas tonterías, Frank. En Florencia las mujeres no caminan por las calles como están en esos tapices.

—Oh ya sé que no. Pero estoy seguro que las de ahora son tan guapas como las de antes.

—Déjame dormir un rato.

—¿Qué hago yo mientras tanto? ¿Deshago el equipaje?

—No, no lo deshagas. Tendremos que estar preparados para salir de aquí cuanto antes. En cuanto tenga el anillo.

—Y duro con el anillo.

—A eso hemos venido, Frank. A por el anillo del conde Walestzy.

—Sí, tiene razón. Hemos recorrido miles de millas por ese maldito anillo. Oh, perdón, *sir* Farrell.

—Ve a tu habitación y llámame dentro de una hora.

—Sí, señor.

El criado abrió una puerta y se encontró en otra habitación, donde había un rústico camastro con una sola silla.

También vio una ventana muy pequeña.

Estaba seriamente preocupado. Si su patrón se le moría, ¿qué iba a ser de él? Se aterrorizó sólo de pensar que pudiese quedarse para siempre en aquel castillo.

Se acercó a la ventana. Los cristales estaban llenos de polvo. Sacó un pañuelo y los limpió.

Miró a través de ellos y lo que vio le paralizó las cuerdas

vocales. Ni siquiera pudo dar un grito. Dos alas chocaron contra el cristal.

Dos alas de un bicho.

Y estaba allí, ante sus ojos.

Era un murciélago. Eso era, un murciélago que quería entrar en la habitación.

Frank golpeó la ventana.

—¡Fuera...! ¡Fuera!

Frank sintió que la sangre se le había helado en las venas.

Recordó lo que *sir* Farrell le había dicho de los vampiros, que salían de noche. Y ya era de noche. Y si el murciélago era un vampiro hasta podía ser el conde *Walestzy*. *En Inglaterra, el anfitrión recibía a los huéspedes. Eso era lo correcto y lo que tenía que haber hecho el conde Walestzy. Pero ¿por qué no los había recibido? ¿Porque estaba en su ataúd!*

Paseó por la habitación nervioso.

Sir Farrell estaba durmiendo. El también tenía que dormir... ¡Oh, no, no se acostaría en aquella cama! Si se dormía, podría despertar con las venas completamente vacías de sangre.

Así pasó el rato, yendo de un lado a otro. Calculó que ya había pasado el tiempo que se concedió *sir* Farrell para dormir y entró en el dormitorio de éste.

¡Pero *sir* Farrell no estaba en el lecho!

Tal descubrimiento lo llenó otra vez de terror.

—¡*Sir* Farrell! —llamó.

—Estoy aquí, junto a la puerta.

Miró hacia la puerta y vio a su anciano patrón.

—¿Qué pasa, *sir*?

—Oí un ruido y quise saber lo que era.

—¿Qué clase de ruido...? ¡No, no me lo diga...! ¡Arrastrar de cadenas...!

—¡No!

—¡Las alas de un murciélago golpeando la puerta!

—Frank, estás demasiado asustado y sólo dices majaderías.

—Entonces, ¿qué fue lo que oyó?

—Un lamento.

—¿Un lamento...? ¡Eso es peor! ¿Quiénes se lamentan? Los que

son atormentados. ¡Eso es, *sir* Farrell! ¡Alguien que está siendo atormentado!

—Prepárate, Frank, vamos a salir.

—¿Adónde?

—¿Adónde va a ser? El conde Walestzy nos espera.

—El vampiro.

—Vas a hacerme un favor, Frank. Tendrás cerrada la boca cuando estemos con el conde Walestzy, y el mismo consejo te doy cuando estés a solas con su criado.

—No se preocupe, *sir* Farrell. Cuando esté a solas con Sergio, no se me ocurrirá decir una sola palabra.

Sir Farrell abrió la puerta.

—Sígueme.

—Desde luego, no espere que me quede solo en este lugar.

Volvieron a hacer el camino de antes, ahora en sentido contrario.

Frank se volvió a fijar en las hermosas mujeres de los tapices. De momento era su único consuelo.

Al pie de la escalera, los estaba esperando Sergio, el cual los acompañó hasta una puerta.

Sergio abrió y dijo con voz solemne:

—Conde Walestzy, su invitado *sir* Alexander Farrell.

Sir Farrell entró en la estancia y le hizo una señal a Frank para que le siguiese.

Entonces Frank se quedó más asombrado que nunca. A la cabecera de una larga mesa, en donde había tres candelabros, se alzaba la figura de un hombre joven, de unos veinticinco o veintiséis años, alto, bien parecido, el cual con una sonrisa en los labios, dijo:

—Bien venido a mi castillo, *sir* Farrell.

Al mismo tiempo movía la mano derecha con elegancia, una mano en la que refulgía un anillo con una esmeralda. El anillo de la estirpe de los Walestzy.

CAPÍTULO III

Sir Farrell fue al encuentro del conde Walestzy y estrechó la mano que éste le alargaba.

—Gracias, conde Walestzy. Sin usted, me habría considerado perdido en esta terrible noche.

Sintió la presión del anillo en su mano, y algo parecido a una corriente magnética le sacudió de la cabeza a los pies.

El conde Walestzy, como si se apercibiese, retiró su mano y, por un momento, pareció que iba a dejar de sonreír.

—¿Quiere sentarse? —señaló una silla.

—Desde luego. Gracias.

Sir Farrell ocupó la silla. El conde Walestzy se sentó a la cabecera de la mesa e hizo una señal a Sergio.

—Puedes empezar a servir la mesa.

Sir Farrell miró a su criado, que estaba junto a la puerta.

—Frank, acompaña a Sergio.

Holden pareció haberse recuperado algo del terror que había pasado hasta entonces. Hasta él sonrió y dijo:

—A sus órdenes, *sir* Farrell —y se retiró con Sergio.

Los dos aristócratas quedaron a solas.

Sir Farrell carraspeó.

—No esperaba que fuese usted tan joven, conde.

—¿Por qué, *sir* Farrell?

—Conocí a su padre y de esto hace unos cincuenta años.

—¿Dónde lo conoció?

—En Viena, en la corte, con motivo de un baile que dio el Emperador...

—Perdón, *sir* Farrell, pero no era mi padre, sino mi abuelo a quien conoció usted.

—Yo hubiese jurado que era su padre. Me refiero al enorme

parecido que existe entre usted y él.

—Los Walestzy nos transmitimos los rasgos faciales con bastante autenticidad —sonrió—. Es bien conocido ese aspecto de nuestra familia. ¿Quiere acompañarme?

Walestzy cogió un candelabro y caminó hacia el muro de la derecha.

Sir Farrell fue detrás.

Walestzy alzó el candelabro, iluminando un cuadro.

—Éste es mi bisabuelo, el fundador de la dinastía.

Sir Farrell quedó perplejo porque el hombre que se reflejaba en el retrato era muy parecido al conde Walestzy que estaba hablando con él.

—Mi abuelo —el conde iluminó otro retrato. El parecido era el mismo.

—Y aquí tiene a mi padre.

Los hombres retratados tenían distinta indumentaria, lo cual era lógico, por el paso del tiempo, pero los rasgos fisonómicos eran casi idénticos.

—Sí —dijo *sir* Farrell, admito que tiene razón—. Es maravillosa esa pureza de sangre que ustedes conservan a través de los siglos.

—Los Walestzy estamos orgullosos de ello.

Regresaron a la mesa.

Sergio entró trayendo una fuente con faisán.

El plato le gustó a *sir* Farrell. No quería mirar el anillo del conde Walestzy. Sabía que contra menos lo mirase sería mejor.

Sin embargo, en un momento determinado, el conde Walestzy dijo.

—¿Ha oído hablar de nuestro emblema?

—No.

—¿No le habló mi abuelo en Viena de ello?

—Hablé muy poco con su abuelo. Naturalmente, apenas recuerdo el tema de nuestra conversación. Pero probablemente dedicamos nuestro tiempo a comentar la belleza de las mujeres que asistían a la fiesta.

—Es lógico.

Walestzy adelantó la mano en que estaba su anillo.

—Éste es el emblema.

Sir Farrell observó la esmeralda que refulgía en su hermoso

verdor y luego la montura. A cada lado de la esmeralda había el ala de un murciélago. Eran negras, perfectamente engarzadas.

—¿Un murciélago? —preguntó *sir* Farrell.

—Sólo las alas.

—¿Por qué?

—Dicen que los Cárpatos era el país de los murciélagos...

—¿Quién hizo fabricar ese anillo?

—Mi bisabuelo.

—Es hermoso.

—Tiene su historia. Mi abuelo era perseguido por sus enemigos y se quedó dormido en una cueva. No supo cuánto tiempo pasó. De pronto, algo chocó contra su cara y le despertó. Era un murciélago. Sus enemigos, que habían entrado en la cueva, estaban a punto de sorprenderle. Pero al despertar, echó a correr y logró huir sano y salvo. Le debió la vida al murciélago. Más tarde logró vencer a sus enemigos y, como muestra de agradecimiento a aquel murciélago, hizo fabricar este anillo.

—Una preciosa historia.

Siguieron cenando. Después del faisán, Sergio sirvió otros platos.

Sir Farrell se inclinó sobre la mesa como si se fuese a desmayar.

—¿Se encuentra enfermo? —inquirió el conde.

—Sólo estoy un poco agotado por el viaje.

—Entonces, le conviene retirarse a descansar.

—Sí, eso haré, con su permiso.

—Lo tiene.

Sir Farrell se levantó. Sus fuerzas disminuían muy aprisa.

—Espero verle mañana antes de marcharnos, conde Walestzy.

—Será un honor para mí desearle un buen viaje.

—Gracias.

Sir Farrell caminó hacia la puerta y, de pronto, el conde Walestzy dijo:

—*Sir* Farrell.

Sir Farrell giró sobre sus tacones.

—¿Sí?

—Me olvidé preguntarle el motivo de su visita a nuestro país.

—Tengo una especialidad, conde Walestzy. Las ciencias botánicas. He corrido toda Europa, pero no los Cárpatos. Me hablaron de ciertas plantas que únicamente crecen en esta región,

en las montañas. Me dirijo hacia Sarajevo, y en el camino espero encontrar no menos de cincuenta especies nuevas para mi colección...

—Le deseo suerte.

—Muy amable.

Sir Farrell abrió la puerta y salió del salón.

Apenas hubo cerrado a sus espaldas, se sintió desfallecer. Sus piernas se doblaron.

Por fortuna, su criado estaba allí, al pie de la escalera y corrió hacia él.

—¡*Sir* Farrell!

—Ayúdame.

—Menos mal que al fin salió. Ya me cansé de la compañía de Sergio. Aunque yo hubiese hablado, no habría servido de nada, porque él no abrió la boca para decir una palabra.

—Pues cierra tú la boca y llévame a la habitación.

—¿Otra vez se encuentra mal?

—Cada vez peor.

—Tiene que decírselo al conde Walestzy.

—¡No!

—El le traerá un doctor.

—No quiero ningún doctor. Te he dicho que me lleves a mi cuarto... ¡Obedece!

—Como usted quiera, *sir* Farrell.

El aristócrata inglés pasó el brazo por los hombros de su criado y así llegó hasta la estancia que le había sido asignada.

—Dame otra pastilla, Frank.

Sir Farrell se tendió en el lecho y tomó uno de aquellos comprimidos de color rosa. Respiraba fatigosamente.

—¿Y si fuese demasiado tarde...? —murmuró—. ¡Cielos, puedo haber hecho el viaje en vano...! ¡Pero yo no quiero morir...! ¡No quiero morir!

—Déjeme que avise al conde Walestzy.

—¡Estáte quieto, Frank!

—Pero usted dice que se va a morir, y no quiero quedarme solo. A pesar de que el conde Walestzy me produjo muy buena impresión.

—El conde Walestzy —sonrió Farrell—. El cuarto de la dinastía.

¡Tramposo...! ¡Falsario...!

Un rayo cayó en el castillo produciendo un terrible estruendo.

—¡Demonios! —Pegó un salto Frank—. Ahora sí que llegó la tormenta.

—Trata de dormir.

—¿Con este tiempcito? No me dormiría ni aunque me tomase seis tazas de tila.

—¡Vete a tu cuarto!

—Como usted quiera, *sir* Farrell, pero, si me necesita, sólo tiene que llamarme. No voy a pegar ojo.

—De acuerdo, Frank.

El criado se retiró a su habitación y dejó la puerta entreabierta.

Sir Farrell esperó a que el comprimido le produjera sus efectos benefactores.

Al cabo de un rato se levantó. Sus piernas pudieron soportar su peso.

Echó a andar, pero lo hizo con cuidado, sin hacer ruido, para no llamar la atención de Frank.

Llegado a la puerta, abrió.

No había nadie en el corredor. Sabía perfectamente dónde tenía que ir. Lo sabía porque lo había leído en el manuscrito. El dormitorio del conde Walestzy estaba en aquella ala del castillo, pero en el lado opuesto.

Al llegar al fondo de la escalera, se detuvo, porque pensó que podía encontrarse con Sergio.

Esperó unos minutos antes de continuar su camino.

Aquella parte del corredor estaba pobremente iluminada.

Había más tapices con mujeres perseguidas por hombres. Pero en el rostro de ellas no había ningún gesto de temor. Todo lo contrario. Reían, quizá debido al efecto de bebidas alcohólicas.

Llegó ante la puerta del dormitorio de Walestzy.

Temió que la puerta estuviese echada con llave. Entonces, de nada le habría valido aquel viaje de miles de millas.

El picaporte giró a su impulso. Produjo un suave chasquido y su cuerpo se estremeció. Walestzy podía estar despierto.

Empujó la puerta y pasó al interior. La habitación estaba a oscuras. ¿Y si Walestzy continuaba abajo, en el salón?

Un rayo le prestó la iluminación que necesitaba. A su

resplandor, pudo ver en el lecho, durmiendo, al conde Walestzy.

Se acercó sigilosamente a la cama. Ahora se sentía mejor, mucho mejor, pero quizá eso era debido a que había llegado el gran momento.

Ya estaba junto al borde del lecho, donde descansaba el conde.

Sir Farrell metió la mano en el bolsillo. Sacó un puñal veneciano, una maravillosa arma aguda, con filo cortante.

Sólo había una forma de hacerlo, según el manuscrito.

Se inclinó sobre el conde Walestzy y le pegó el primer tajo en la garganta.

La sangre brotó.

El conde Walestzy dio un salto y sus ojos se abrieron.

Pero *sir* Farrell no detuvo su brazo. Ahora tenía que hacerlo todo aprisa, y manejó bien la daga. Un golpe... otro...

La cara del conde Walestzy era joven porque pertenecía a la de un hombre de veinticinco años. Y de pronto ocurrió. Aquella cara, de piel fina, satinada, empezó a arrugarse, con un envejecimiento lento al principio, pero luego la piel se arrugó como si estuviese bajo el efecto del fuego.

Y llegó un momento en que toda la cara del conde Walestzy pareció como un pergamino.

Pero aquel extraño proceso no terminó. La piel empezó a saltar convirtiéndose en polvo, y los ojos se fueron hundiendo en las cuencas y desaparecieron, y el cabello se fue desprendiendo del cráneo, un cabello que ahora parecía paja.

Sir Farrell sólo había estado observando la cabeza, y bajó la mirada, al cuerpo, el cual también había seguido aquel proceso de envejecimiento, y vio la mano derecha del conde Walestzy convertida en puro hueso, y en el dedo índice continuaba el anillo de los Walestzy, aquel anillo con la esmeralda y las alas negras del murciélago.

Se dio cuenta de que había perdido mucho tiempo porque su corazón latía débilmente. Pensó en lo horrible que podría ser que muriese antes de terminar su trabajo, para el que había ido allí desde Inglaterra.

Acercó su mano temblona a la descarnada y cogió el anillo de la estirpe de los Walestzy.

Oyó una respiración agitada. Era la suya propia. Sus pulmones

se ahogaban. Estaba a punto de derrumbarse. Sus piernas ya no le podían sostener por más tiempo. Iba a morir, y para ello no necesitaría que nadie le atacase con un puñal veneciano.

Golpeó con las rodillas en el suelo.

Y arrodillado ante la cama, pudo introducir el anillo del conde en el índice de su mano derecha.

Lo había conseguido. Tenía ochenta años pero lo había conseguido. Tenía en su dedo el anillo de los Walestzy.

Cerró los ojos y oyó una voz, su propia voz que decía:

—Ya está.

De pronto algo estalló muy dentro de él. Empezó en el pecho, en el corazón, porque aquel órgano parecía recuperar energía y pudo sentir cómo bombeaba sangre nueva a sus venas, y la sangre circuló a través de su cuerpo, regando primero el cerebro...

Se derrumbó en el suelo y dio vueltas y más vueltas porque sus huesos empezaron a crujir y a dolerle.

Pensó que se moría. Había llegado al último segundo de su existencia.

Aulló de dolor y siguió rodando por la alfombra, hasta que quedó boca abajo, y golpeó con sus manos el suelo.

—¡No...! ¡Por favor, no quiero este tormento...! ¡No lo quiero!

Siguió golpeando sus puños contra el suelo hasta que de repente, como había empezado todo, terminó.

Seguía vivo. De eso estaba seguro. Seguía vivo.

Empezó a incorporarse. No quiso ver lo que había en la cama.

A la derecha había un espejo. Caminó hacia él, lenta, muy lentamente. La tormenta estaba en su apogeo. Los rayos y los truenos se sucedían unos a otros.

Y de pronto se vio reflejado.

No, él no podía ser aquel hombre.

Aquel espejo reflejaba a un joven de veinticinco o veintiséis años.

Instintivamente se volvió de espaldas. Quedóse mirando el vacío de la habitación porque tras él no había nadie.

Volvió a mirar el espejo, parpadeando, los labios temblorosos. Levantó las manos y las miró. Sí, eran las manos de un joven.

Y en su índice vio el anillo de los Walestzy.

El manuscrito no le había mentido, pero le mintió el conde

Walestzy. No había habido cuatro condes Walestzy. Sólo existía uno, el primero, el que su anfitrión, ahora muerto, le había mostrado como el fundador de la familia Walestzy.

Sonrió a su propia imagen:

—Bien venido a la vida, *sir* Farrell...

CAPÍTULO IV

Sir Farrell entró en su dormitorio.

La puerta que daba acceso a la habitación de Frank Holden continuaba entreabierta.

Se dirigió a la cama y se sentó en el borde.

—¡Frank! —llamó.

No oyó que le respondiese su criado.

—¡Frank!

Oyó crujir el camastro de la habitación vecina y luego la voz de su criado.

—¡Ya voy, *sir* Farrell...! ¡Caramba, me quedé dormido!

Frank salió restregándose los ojos.

Sir Farrell no se volvió hacia su criado. Continuó en la misma posición, mirando al frente.

Frank se puso delante y lo miró.

—*Sir* Farrell... —empezó a decir—. ¿Dónde está *sir* Farrell? ¿Qué ha sido de él...? ¿Dónde está?

—Yo soy *sir* Farrell.

—¿Usted? Pero ¿qué me dice?

—Trata de recordar mi cara.

—¡No...! ¡No puede ser! —dijo Frank.

Farrell levantó la mano derecha.

—Mira lo que hay en mi mano.

—¡El anillo!

—Si, Frank, el anillo de Walestzy.

—¡Dios mío, no puede ser cierto!

—Lo decía el manuscrito.

—Pero no puede ser verdad.

—Era verdad.

—¿Y... el conde Walestzy?

—Muerto.

—¿Usted hizo con él... lo que decía el manuscrito?

—Sí, Frank.

—¡Oh, no!

Los labios de *sir* Farrell sonrieron mientras decía:

—Y entonces fue Walestzy quien acumuló años y años... Y perdió su juventud. El era un hombre de veinticinco años con todo el vigor y yo era un viejo a punto de morir, un anciano que no podía sostenerse. Pero ahora, yo soy el joven, *sir* Farrell, y lo continuaré siendo siempre. ¿Lo oyes? ¡Yo no voy a morir! ¡No puedo morir!

Frank miró a *sir* Farrell con ojos aterrorizados.

—Nadie puede lograr eso, patrón.

—Yo puedo.

—Por favor, si es verdad lo que dice... tiene que destruirlo.

—¿Destruir qué?

—El anillo.

—¿Es que te has vuelto loco?

—Usted es el que se ha vuelto loco... Usted...

—Coge la maleta. Nos vamos.

—¿Irnos?

—¿Es que no me oyes bien?

—Pero ¿con esta noche?

—Usaremos el carruaje del conde. Vete a prepararlo.

—Pero el conde se opondrá.

—El conde ya no puede oponerse porque está muerto. ¿Cómo quieres que te lo diga?

Frank se dirigió hacia la puerta como un sonámbulo, pero, al abrirla, pegó un grito.

En el hueco estaba Sergio. Su rostro era una máscara horrible, los labios le temblaban babeantes. Empuñaba un cuchillo de larga hoja.

Frank había quedado paralizado.

Sergio pegó un chillido y hundió la hoja de acero en el cuerpo de Frank Holden.

El criado soltó un grito de muerte y se tambaleó. Cayó en el suelo.

Sergio entró en la estancia.

—¡Miserable...! ¡Asesino...! ¡Ha matado a mi patrón!

Sir Farrell vio el cuchillo ensangrentado que empuñaba Sergio. Aquel hombre era peligroso por su fortaleza. Debía ser un retrasado mental, un loco, un perro fiel al servicio del conde Walestzy.

—Sergio, tú has matado a mi criado.

—Y a usted también lo mataré.

—Necesitaré un hombre de mi confianza, Sergio. Tú ocuparás el puesto de Frank.

—No, yo lo voy a matar.

Sergio echó a andar hacía *sir* Farrell, el cual se vio obligado a retroceder. Se maldijo por haber dejado el puñal veneciano en el dormitorio del conde Walestzy.

Sergio siguió avanzando, los ojos desorbitados, aferrando con fiera el mango del enorme cuchillo.

—Sergio, párate.

—¡Lo mataré...! ¡La sangre de mi amo pide venganza!

Se lanzó sobre *sir* Farrell, impulsado como por un resorte, y alargó el brazo para hundir el cuchillo en el cuerpo de su segunda víctima.

Sir Farrell se apartó de un salto.

Sergio golpeó contra la ventana. Llevaba mucha fuerza y los cristales saltaron y el cuerpo se derrumbó en el vacío con las maderas.

Un largo aullido acompañó su caída en el abismo.

El cielo seguía siendo iluminado por los relámpagos y, ahora, los truenos, al quedar destrozada la ventana, se oyeron con más intensidad.

Sir Farrell dio un suspiro de alivio. Había triunfado.

Fue al lado de Frank.

Su criado estaba muerto. Bien, tenía que pagar un precio por la posesión de aquel anillo de la eterna juventud. Y el precio había sido Frank Holden.

Sonrió pensando en la vida que le esperaba. Una vida maravillosa.

Se puso el abrigo y cogió la maleta.

Luego salió de la habitación y cruzó aquel corredor, hacia la escalera, en cuyos tapices se veían hermosas mujeres llenas de vida.

—Te quiero, Alex.

—No sé si te debo creer, Doris.

—¿Por quién quieres que te lo jure?

—Por nadie. No acepto los juramentos. Sólo sabré si me amas si vienes conmigo.

—Iré contigo, Alex.

—¿Ya no hay cadenas que te sujeten, Doris?

—No, Alex. Ni siquiera las de mi matrimonio.

Alex besó los labios de aquella mujer. Era *lady* Doris Pitman, considerada como una de las mujeres más hermosas de la corte de Inglaterra. Se decía que hasta el mismo rey habría dado parte de las joyas de la corona con conseguir su amor. Pero *lady* Pitman había sentado fama de pureza, de fidelidad a su esposo, lord Pitman.

Y ahora, *lady* Pitman era seducida por *sir* Farrell, aquel joven que había llegado a Inglaterra seis meses antes, presentándose como hijo del hombre de ochenta años, que, poco antes, había salido de Londres con su criado Frank Holden para hacer un viaje por Europa.

Y si la llegada de *sir* Farrell provocó las habladurías en la corte, quedó perfectamente reconocido su origen por cuanto que, el joven, era portador de documentos que probaban su parentesco legítimo con el viejo *sir* Farrell.

—¿Me amarás siempre, Alex?

—Siempre —sonrió *sir* Farrell.

No, no la podía amar siempre porque él, dentro de veinte años, seguiría siendo joven, como ahora, y la hermosa *lady* Pitman tendría cuarenta y cinco años, y él ya no podría desearla porque en el mundo habría otras mujeres mucho más hermosas y, sobre todo, más jóvenes que ella.

Pero se olvidó de eso porque lo importante era el presente, y el presente era *lady* Pitman.

Doris le buscó los labios con la boca y él se dejó besar.

—Oh, Alex, te adoro.

—Yo también a ti te adoro.

Era Francesca, una italiana.

Sir Farrell estaba en Roma.

Había llegado el momento de que *sir* Farrell se alejase de Londres. La corte estaba intrigada por aquel hecho insólito, la

juventud de *sir* Alexander Farrell. No convenía abusar de su poder, aquel poder que le transmitía el anillo de los Walestzy. Volvería a Inglaterra en unos años, pero él ya no sería el mismo Alexander Farrell, sino Jonathan Farrell. En eso consistía el juego, como había hecho el conde Walestzy.

Sonrió pensando en sus conquistas amorosas. Todas se rendían ante él, porque, aparte de su juventud, aquel anillo le transmitía una seguridad en sí mismo, esa seguridad que lo convertía en el hombre más atractivo de cualquier reunión.

Y Francesca, como otras tantas, había caído en sus redes. Francesca, que parecía sumar en su cuerpo toda la belleza de Italia.

—No me abandones nunca, Alex.

—Nunca, Francesca.

Se lo decía a todas. Nunca las abandonaría, pero las dejaba cuando se cansaba de ellas, cuando dejaban de ser un capricho.

Estaban en el jardín del palacio de los Sforza, sentados en un banco.

De pronto oyeron un ruido. Unos arbustos se movieron y por entre ellos apareció una joven de unos diecisiete años.

—Oh, perdón —dijo ella—, no creí que aquí hubiese nadie.

Alex la miraba con perplejidad. El había pensado que Francesca era la mujer más hermosa de Roma, pero aquella joven que desaparecía era la más bella que había conocido.

—¿Quién es, Francesca?

—Mi prima Claudia...

Francesca lo tomó por la mano.

—No pienses en ella, Alex... No es para ti... Está prometida al conde Leonardo de Ferrara. Se casarán en siete días...

Ella lo besó pero, mientras recibía aquel beso, *sir* Farrell se juró a sí mismo que aquella joven, Claudia, también sería suya.

CAPÍTULO V

La hermosa Claudia estaba en el lecho. No podía conciliar el sueño.

Faltaban tan sólo cuatro días para casarse. Estaba enamorada del hombre que iba a ser su esposo, de Leonardo. Pero ¿la quería él? No lo sabía. Sus familias habían arreglado aquel matrimonio. Había oído decir que Leonardo era un hombre audaz, atrevido y... mujeriego.

Eso le producía un gran dolor, pero tenía la esperanza de que no fuese verdad o de que, si lo fuese, Leonardo cambiase al convertirla en su esposa.

De pronto oyó un ruido en el balcón. Se irguió en el lecho quedando sentada y mirando hacia allí. Quedóse asombrada al ver allí a *sir* Alexander Farrell, el hombre que había visto besando a su prima Francesca.

—¿Qué hace aquí, *sir* Alexander?

Farrell hizo una reverencia.

—Buenas noches, Claudia.

Ella saltó de la cama. Sólo tenía el camisón. Buscó una bata, que se puso rápidamente.

Sir Farrell le sonrió.

—Estabas más hermosa antes.

—*Sir* Farrell, le he hecho una pregunta. ¿A qué vino aquí?

—Me llamó el amor.

—No lo comprendo.

Sir Farrell se tocó instintivamente el anillo. Había obtenido docenas y docenas de mujeres gracias a él, todas las que quiso. Y Claudia no podía ser una excepción.

—Querida, te lo diré más claro. He venido por ti.

—¿Por mí? ¿Se ha vuelto loco?

—Sí, es cierto. Me he vuelto loco por besarte, por estrecharte entre mis brazos.

—¡*Sir* Farrell, salga inmediatamente de aquí! ¡Y lo hará por el mismo camino que llegó! ¡Por el balcón!

Alexander sonrió mirando hacia la noche.

—Ha empezado a llover y, si me voy, me mojaría.

—Su chiste no tiene ninguna gracia.

Sir Farrell tenía razón. Estaba lloviendo, cada vez con más intensidad.

Sir Alexander Farrell avanzó hacia la joven.

—¡Le he dicho que se marche! —exclamó ella.

—Te quiero, Claudia... Te quiero.

—Me tienen sin cuidado sus sentimientos hacia mí.

—¿Por qué?

—Porque me voy a casar.

—Oh, sí, con Leonardo. Pero él no te merece.

—¡Le prohíbo que hable mal de él!

—Me he informado de Leonardo, del hombre que has elegido por esposo. Es imposible que una mujer como tú, tan bella, tan seductora, haya puesto sus ojos en un hombre que pasa de los brazos de una mujer a otra, con la misma facilidad que se cambia de casaca.

—¡Le advertí que no hablase mal de Leonardo!

—Pero no tengo más remedio que decir la verdad.

—Muy bien, Leonardo es así. Pero ¿cómo es usted, *sir* Farrell? Hace dos días tenía entre sus brazos a mi prima Francesca, y sé que ella lo ama a usted.

—No tengo la culpa.

—¿Quiere decir que no le corresponde?

—Creí correspondería hasta que te vi...

—Oh, no.

—Sí, Claudia. Pensé que toda la belleza del mundo se reunía en los ojos, en la nariz, en la boca de Francesca. Pero me faltaba por ver un rostro maravilloso, un rostro al que se unen todas las perfecciones. Tu rostro, Claudia.

Alexander enlazó a Claudia por la cintura, pensando que la había logrado embelesar con sus palabras.

—Claudia, amor mío...

Fue a besarla, pero ella le puso los puños en el pecho.

—¡*Sir* Farrell, suélteme!

—Te adoro, Claudia.

—¡Gritaré si no me suelta ahora mismo!

Sir Alexander se sintió lleno de ira. Nunca le había pasado aquello, nunca desde que tenía en su mano el anillo de los Walestzy.

Claudia lo empujó separándole de ella.

—¡Márchese, *sir* Alexander! ¡Márchese ya!

Una sed de venganza se apoderó de *sir* Alexander. Sin dudarlo se quitó el anillo.

—No quieres a un hombre joven que es la perfección.

—Usted no tiene para mí nada de perfecto, y, en cuanto a su juventud...

Claudia se interrumpió. En la cara de *sir* Farrell estaba ocurriendo algo extraño.

—¿Qué le pasa, *sir* Alexander? ¿Se encuentra mal?

Sir Farrell sonrió. Para él sería sencillo aquel cambio. Dejaría que el envejecimiento se apoderase de su cuerpo, luego se pondría el anillo y volvería a ser joven. Pero antes de recuperar la juventud, estrangularía a la hermosa mujer que lo había rechazado.

Dejó el anillo en una pequeña mesa, al lado del balcón y esperó su envejecimiento.

Los ojos de la bella Claudia empezaron a dilatarse.

—*Sir* Farrell, ¿es que está enfermo?

Sir Alexander no contestó. Continuó inmóvil, serio.

Claudia vio, horrorizada, cómo el rostro de *sir* Farrell iba envejeciendo.

—*Sir* Farrell... Oh, no... ¡No puede ser verdad...! ¡Esto es una pesadilla!

—¿Me quieres más así, querida?

—Pero ¿quién es usted? ¿Quién?

—Dilo tú, hermosa Claudia. ¿Quién soy yo?

—¡Es el demonio! ¡Eso es! ¡El mismo demonio!

Alexander lanzó una carcajada.

—Es posible que sea el demonio. Y tú no puedes resistirte a él. Porque tiene poderes con los que ningún humano se puede

enfrentar.

La cara de *sir* Farrell ya estaba cubierta de arrugas y su cabello se había vuelto blanco.

—¡Socorro!

La voz de Claudia se había hecho muy débil. Pero *sir* Alexander comprendió la situación. Ella podría seguir gritando y alguien llegaría en su ayuda.

Claudia echó a correr.

—¡Auxilio!

Estaba tan asustada que su voz era sólo un murmullo.

Sir Alexander, antes de que ella pudiese llegar hasta la puerta, la alcanzó echándole las dos manos al cuello.

Claudia ofreció resistencia.

—¡No...! ¡No, *sir* Alexander...! ¡Por favor, no me haga daño!

—Será muy rápido.

Sir Alexander estaba apretando el cuello de Claudia mientras la arrastraba al balcón. Quería ponerse el anillo inmediatamente después que hubiese estrangulado a Claudia.

Los ojos de la joven se desorbitaron. Abrió la boca para tragar aire.

—¡Me has despreciado! —gritó el viejo *sir* Alexander fuera de sí —. ¡Has despreciado a la juventud! ¡Al único hombre que no puede morir! ¿Lo oyes? ¡Yo no puedo morir! ¡Soy eterno...! ¡Eterno!

La joven trató de luchar por su vida porque era joven y todavía conservaba fuerzas y dio un manotazo al anillo.

El anillo cayó en el suelo, rodó y desapareció por el balcón.

Sir Farrell había visto caer el anillo y lo siguió con la mirada.

—¡No...! ¡Mi anillo...! ¡Maldita, lo has tirado...! ¡Tengo que ir por él...! ¡Tengo que ir por él antes de...!

Dejó la frase sin terminar sintiendo que el pánico se apoderaba de él y entonces apretó el cuello de Claudia con todas sus fuerzas y después dejó caer a la joven al suelo, la cual siguió mirando con los ojos fijos, llenos de horror que había experimentado durante los últimos minutos de su vida.

Sir Alexander se tambaleó hacia el balcón y miró abajo.

Se dispuso a descender por allí, pero se dio cuenta de que ya no era un hombre joven... Ahora tenía más de noventa años y sus piernas ya no eran ágiles. No, ya no podía huir por el balcón.

Lanzó un aullido, como uno de aquellos lobos que había oído en la región de los Cárpatos, cuando iba en busca del anillo de los Walestzy, el anillo de la eterna juventud.

Se volvió y tropezó con el cadáver y tuvo la sensación de que una mano, la de Claudia, le cogía por el tobillo.

Se volvió horrorizado soltando un grito.

Pero era su pie el que se había enganchado con los dedos engarfiados del cadáver.

Se libró de aquella mano y continuó andando hacia la puerta. Poco a poco se iba sintiendo más viejo.

Abrió la puerta dando traspies. Ya estaba en la escalera. Sus fuerzas le faltaron y rodó por los escalones.

Un criado apareció abajo, con un candelabro.

—¡Un ladrón! —gritó.

Sir Farrell se levantó. Tenía una herida en la frente de la que le brotaba sangre, y la sangre le corría por sus arrugas.

—¡Dios mío! —exclamó el criado al ver aquel rostro.

—¡Apártate! —gritó *sir* Alexander, encaminándose hacia la puerta que comunicaba con el jardín, pero el criado le cubría el hueco.

—¡Fuera...! ¡Fuera! —gritó el anciano *sir* Alexander.

El criado salió de su inmovilidad. Trató de golpear con el candelabro la cabeza de *sir* Alexander cuando se le echó encima, pero el anciano logró burlar el golpe y arrojó al criado al suelo.

Siguió caminando hacia la puerta.

El criado cogió el candelabro y, cuando se levantó, lo arrojó contra el intruso.

El candelabro golpeó contra la espalda del anciano, lanzándolo contra la puerta.

Sintió un fuerte dolor en la espalda.

Dio la vuelta a la pesada llave, logró abrir y salió tambaleándose de la casa.

La lluvia cayó sobre él.

Bajó los escalones por el porche, pero otra vez tropezó y cayó sobre la tierra bañada por la lluvia.

Se llenó de barro el rostro, un rostro que ya era el de un hombre quizá de más de cien años.

Otra vez se levantó, pero su marcha era cada vez más lenta

porque estaba perdiendo las pocas energías que le restaban, debido a su envejecimiento y a los golpes que había recibido.

—¡El anillo...! ¡El anillo! —murmuraba mientras avanzaba hacia la parte baja del balcón donde el anillo de los Walestzy había caído.

—¡No...! ¡No!

Cayó hacia delante.

El criado estaba gritando en la casa:

—¡Auxilio a mí...! ¡Un ladrón...! ¡Un ladrón!

El y otros dos criados salieron de la casa con candelabros. Corrieron tras de las huellas dejadas por *sir* Alexander y, de pronto, se detuvieron al ver algo horrible que había en el suelo, de bruces.

Era el esqueleto de un hombre. Sí, el esqueleto de un hombre que estaba vestido. Pero su cabeza era sólo hueso y en sus manos no había ni la más insignificante parte de carne. Era un esqueleto lo que había allí, cayéndole el agua encima.

Los criados miraban aquello espantados y uno de ellos se santiguó.

Y más allá, a corta distancia del esqueleto, a tan sólo tres metros, había un anillo. Era un anillo con una esmeralda y con dos alas de murciélago, negras, y la lluvia lo empujó hacia una hendidura de la tierra, y el agua lo cubrió.

Y así fue cómo el anillo de los Walestzy quedó sepultado en aquel jardín.

CAPÍTULO VI

Corría el año 1788.

Unos niños estaban jugando en el jardín, a la gallinita ciega.

Una niña llamada María tenía los ojos vendados y corría de un lado a otro para atrapar a uno de sus compañeros, guiándose por sus risas.

—¡No me cogerás!

—¡Píllame, María!

Ella, de repente, tropezó contra un arbusto y cayó en el suelo. Sus manos, en busca de apoyo, se agarraron en la tierra y profundizó en una hendidura producida por una raíz.

María se había hecho daño en una rodilla y se echó a llorar.

Alzó las dos manos, una de ellas con algo que había cogido, y se quitó la venda.

Tres de sus compañeros de juego, dos niños y una niña, corrieron a su lado.

—Tienes sangre —dijo su amiguita.

—¿Qué es eso? —preguntó uno de los niños.

María mostró en la palma aquello que había cogido del suelo.

—Parece una piedra.

—Oh, no, no es una piedra.

—Trae eso.

El niño, que se llamaba Alberto, cogió lo que María había atrapado en el suelo y lo desprendió de la tierra. Y ante los ojos de todos apareció un anillo.

—¡Mirad lo que es!

María seguía llorando.

—¡María, tú lo encontraste! ¡Es tuyo! ¡Un anillo!

—Pero no debe tener ningún valor cuando está tirado en el suelo.

—Bueno, quizá se le cayó a alguien.

María ya lloraba menos. Cogió el anillo que le daba Alberto.

—Póntelo, María —dijo él.

—Me está muy grande. Se me cae. Se lo llevaré a mi mamá y de paso me curará. ¡No os vayáis, esperadme!

La chiquilla echó a correr y entró en la casa.

—¡María!

Era su tía Rosanna. Estaba en la puerta de la biblioteca. Una mujer de unos cincuenta años, de voz seca. Rosanna tenía un pasado. A los veinte años se había enamorado de un joven, Ricardo. Se fugaron juntos y él, al cabo de unos meses, la abandonó. Rosanna volvió con su familia, pero se había convertido en una mujer amargada que procuraba herir con sus palabras a cuantas personas vivían a su alrededor. Había sido muy bella, pero hasta su belleza se marchitó porque ella misma se desprecupó de conservarla.

—¿Qué es lo que llevas en la mano, María?

—Un anillo.

—Dámelo.

—No es para ti, tía Rosanna. Es para mi mamá.

—Ella no está.

—¿Adónde ha ido?

—A la ciudad. Dame ese anillo. Quiero verlo.

María hizo un puchero.

—Sí, tía Rosanna.

La niña se acercó a su tía y le dio el anillo.

—Me he hecho daño en la rodilla, tía Rosanna.

—Vete a la cocina y que te cure Virna.

A María le pareció una idea estupenda alejarse de su tía y echó a correr hacia la cocina.

Rosanna tenía el anillo en la mano, que todavía conservaba parte de tierra.

Entró en la biblioteca, sacó el pañuelo del bolsillo y limpió el anillo.

Sus ojos observaron con admiración aquella piedra verde. Era una esmeralda. Sí, no tenía ninguna duda. Y tenía a cada lado el ala de un pájaro. Un murciélago.

Rosanna decidió ponerse el anillo. Sí, se lo pondría en el índice, porque en aquel dedo le vendría bien.

—Oh, perdón.

Se volvió y vio junto a la puerta a un hombre de unos veintiocho años, bien parecido, elegante.

—Permíteme que me presente. Soy Marcelo Ricci... Me citó el señor Bettini.

—Pietro Bettini es mi hermano. Yo soy Rosanna.

—Encantado, Rosanna.

Sin embargo, Rosanna notó el mal efecto que producía su físico en aquel hombre. Siempre pasaba lo mismo.

—¿Puedo ver a su hermano?

A Marcelo Ricci no le interesaba ella, Rosanna, lo más mínimo.

—Pietro salió pero volverá en media hora. Puede esperar aquí.

—Si no tiene inconveniente, pasearé por el jardín. Es muy hermoso. Me gustan las flores y he visto unas rosas espléndidas.

No esperó a que ella le respondiese. Dio media vuelta y salió.

Rosanna apretó los puños. Aborrecía a los hombres porque los hombres la aborrecían a ella.

Se dio cuenta de que estaba apretando con su mano derecha el anillo que había encontrado María en el jardín.

Pero no quería quedarse allí para no ver otra vez a Marcelo Ricci.

Subió a su cuarto.

Allí pasaba la mayor parte del día. Salía muy poco a la ciudad y no aceptaba invitaciones. Aunque la verdad era que su cuñada y su hermano apenas le sugerían alguna vez que los acompañase.

Se puso el anillo y lo miró. Sí, era un anillo muy bonito.

De pronto la embargó una extraña sensación. Se llevó las manos a la cabeza, como mareada.

Los objetos dieron vueltas a su alrededor.

Dios mío, ¿qué le pasaba? Quizá fuese su odio contra los hombres, la aparición de uno de ellos, de Marcelo Ricci, lo que le había producido aquel mareo.

Llegó a la cama y se dejó caer en ella, boca arriba.

Su cuerpo se estremeció.

Recordaba las fiebres que había tenido unos meses antes, unas fiebres malignas que por poco la llevan al otro mundo. Después de curarse, había deseado morirse porque nada hacía en la vida, nada, excepto odiar.

Sintió un dolor en las piernas, en las rodillas, y aquel dolor se transmitió al resto de su cuerpo, hasta en la cara.

Levantó las manos y se cubrió con ellas el rostro.

Se estremeció una vez más.

¿Había llegado la hora de la muerte? Tenía que ser eso. Pero no le importaba morir, acabar de una vez. Sólo hubiese deseado una cosa. Ir a un balcón desde donde pudiese contemplar a muchos hombres, cuantos más mejor, a miles de hombres, para gritarles:

—¡Os odio...! ¡Os odio a todos...!

Y de pronto cesaron los estremecimientos y otra vez la calma volvió a su cuerpo.

Se sentía extraña. Todo en ella era raro. ¿Qué le pasaba?

Tenía las manos en el rostro y lo tocó con los dedos. ¡Dios mío! Había tenido arrugas, pero ahora aquellas arrugas ya no existían. Se pasó las yemas de los dedos por las mejillas y sintió que se deslizaban por una piel fina como la seda.

Se levantó de la cama y se tambaleó un poco, pero luego se irguió, y notó que todo su cuerpo adquiriría una prestancia que ella no tenía antes, la prestancia de sus años juveniles.

¿Qué cosa absurda le estaba pasando?

Se fue acercando con miedo, con mucho miedo, al espejo del tocador y, lentamente, movió la cabeza para asomarse en el espejo.

Y cuando vio su rostro, su primera impresión fue de un asombro inaudito. Aquella cara, era su cara, pero no la cara de la Rosanna actual, sino la de la Rosanna que se había enamorado perdidamente de Ricardo.

¿Cómo era posible?

Levantó la mano y miró otra vez al anillo. Sólo eso era lo que tenía de distinto en su cuerpo. Un anillo con una esmeralda verde y dos alas de murciélago en piedra negra, engarzadas en la montura de oro...

Entonces recordó una historia ocurrida más de cien años atrás, allí, en aquella casa. Una historia que ella siempre creyó una leyenda. Una hermosa joven, Claudia, estrangulada pocos días antes de casarse. Un viejo ladrón que había sido sorprendido cuando bajaba las escaleras. Y un esqueleto vestido en el jardín.

Aquella familia, la de Claudia, había abandonado la casa y fue cuando sus antepasados la compraron.

Se observó en el espejo otra vez. Los senos eran juveniles como a sus veinte años, y la cintura estrecha y las caderas firmes.

Ella podía ser amada.

Recordó al hombre, Marcelo Ricci, que acababa de conocer. Se acercó a la ventana. Allí estaba Marcelo Ricci, paseando por el jardín. Pero no miraba las flores. Fumaba un cigarrillo. La había engañado. No había querido estar con ella porque ella le había repelido apenas la vio, y por eso se había ido al jardín.

Corrió hacia su armario y lo abrió. Allí tenía una docena de vestidos. Se cambió rápidamente, poniéndose el más juvenil. Se examinó en el espejo y sonrió a su propia imagen porque nunca se había visto tan bella.

Salió de la habitación. No quería ser vista por nadie de la casa.

Logró llegar al jardín.

A lo lejos oyó a los niños que estaban jugando.

Caminó por un sendero flanqueado por rosas y claveles.

Marcelo Ricci estaba de espaldas.

—Hola.

El se volvió y quedó sorprendido al verla, tan sorprendido que no tuvo palabras.

Rosanna se acercó a él con una sonrisa en los labios.

—No lo conozco a usted.

—Soy Marcelo Ricci. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Con Enma... Soy una parienta lejana de Pietro Bertini. Estoy aquí por unos días.

—¿Y dónde vive?

—En... París.

—¿Cuánto tiempo estará aquí?

—No lo sé. Quizá muy poco.

—¿Es usted... casada?

—No.

—Menos mal —sonrió él.

—¿Por qué dice eso?

—Habría sentido mucho que tuviese ya un marido.

—Pues no lo tengo, aunque...

—Continúe.

—He tenido algunas proposiciones.

—Apuesto a que todos los hombres de París están locos por

usted.

—Eso es una exageración.

—No exagero nada. Verla a usted es como...

—¿Como qué, señor Ricci?

—No sé. He hecho algunas poesías, pero ahora me doy cuenta de que no soy poeta. Jamás volveré a hacer otra. Usted es lo más bello que he conocido en mi vida, y me faltan las palabras para dirigirme a usted.

Ella ladeó ligeramente la cabeza y, pasándose la punta de la lengua por los labios, dijo:

—Quizá otro día esté más inspirado.

—¿Otro día? ¿Cuándo?

—No lo sé.

—Mañana... Eso es. ¡Debo verla a usted mañana!

—Quizá. Y ahora adiós.

—Pero ¿se va ya?

—Sí.

—Oh, no, por favor, quédese.

—Tengo que marcharme.

—¿Por qué tanta prisa?

Rosanna tenía que marcharse porque su hermano y su cuñada llegarían a la casa de un momento a otro, y no podía consentir que la sorprendiesen como era ahora. Su secreto le pertenecía solamente a ella, y no lo compartiría con nadie.

Echó a correr.

—¡Espere, Enma!

—¡No me siga o no me volverá a ver! —dijo ella y continuó corriendo.

El se detuvo ante aquella amenaza y la vio desaparecer en un rincón del sendero.

Rosanna volvió a entrar en la casa. Nadie la había visto, excepto Marcelo.

Subió las escaleras y volvió a entrar en su habitación. Giró sobre sí misma y rió. Ella era hermosa, atractiva y seductora para los hombres, para aquellos odiosos seres que antes la despreciaban. Ya tenía la prueba.

Oyó el ruido de un carruaje. Su hermano y su cuñada regresaban.

De nuevo vio en el espejo la imagen de aquella hermosa joven en que ella se había convertido.

—Rosanna —dijo—, eres deseable para los hombres, Pero tienes que cambiar. Si te quitas el anillo volverás a ser la de antes. Ha de ocurrir así, Rosanna, pero debes tener valor... Te marcharás de aquí, Rosanna. Te marcharás para seguir siendo una joven seductora.

Se quitó el anillo de un tirón.

Por unos momentos, continuó viendo la imagen en el espejo, aquella imagen juvenil, pero luego todo empezó a cambiar.

Sus labios sonreían con dulzura mientras iba envejeciendo.

Y luego aquella sonrisa dulce se trocó en una especie de mueca dura, la mueca que siempre había tenido la Rosanna de cincuenta años. Ahora volvía a ser la solterona, la mujer odiada de los hombres. La mujer que Marcelo Ricci había despreciado al encontrarse con ella en el salón.

Miró el anillo y sonrió otra vez a su imagen, la Rosanna cincuentona.

—Volverás a ser la Rosanna juvenil. Pero no aquí. Lejos de Roma.

Sacó de un cajón el cofre donde guardaba sus joyas y dejó allí el anillo. Cerró con una llave que pendía de un cordón y que colgó de su cuello e hizo desaparecer en el seno.

Se volvió a cambiar de vestido poniéndose aquel otro con el que Marcelo Ricci la había conocido, y abandonó el dormitorio.

Mientras bajaba las escaleras, oyó voces en el salón, la de Marcelo y la de su hermana.

Entró en el salón.

Allí estaba su cuñada, que era muy joven y bella, y que tenía mucho éxito entre los hombres, y por eso la odiaba, aunque Eva la correspondía con su hostilidad...

—Ah, querida —dijo Pietro—, te presento a mi amigo Marcelo.

—Ya nos conocemos —repuso ella.

Marcelo hizo una inclinación pero otra vez vio Rosanna en él aquel desprecio que le había manifestado cuando lo conoció.

—Rosanna —habló Pietro—, ¿conoces a alguien que se llame Enma?

—No.

—Ha ocurrido algo gracioso.

—¿A qué te refieres, Pietro?

Fue su cuñada, Eva, quien contestó:

—Marcelo ha conocido a alguien en el jardín. A una mujer deliciosa. La describe de tal forma que es la suma perfección de todas las mujeres. Joven, graciosa, bella. Una maravilla. Y ha dicho que es parienta nuestra. ¿Conoces tú a alguien que se llame Enma?

A Rosanna le latía muy aprisa el corazón. Por un momento deseó gritar: «¡Yo soy Enma! ¡Yo soy esa mujer joven, bella, graciosa...!».

Pero lo que dijo fue:

—No, no conozco a ninguna Enma.

Pietro sonrió poniendo una mano en el hombro de su amigo Marcelo, que estaba sorprendido.

—Lo siento, Marcelo, pero creo que has sufrido una alucinación. Marcelo movió la cabeza.

—No, Pietro. La vi cómo te estoy viendo a ti, en el jardín. Era hermosa y sonriente... No fue una alucinación. Te lo aseguro.

—Conque fue realidad.

—Sí, Pietro. Absolutamente realidad.

—Pero, Marcelo, eso es absurdo. ¿Cómo quieres que te diga que no tenemos ninguna pariente que se llama Enma?

Rosanna dijo:

—Hay una posibilidad.

Todos la miraron con expectación.

—¿Una posibilidad? —repitió Marcelo—. ¿A qué se refiere?

—A que ella fuese una desconocida y que se le ocurriese entrar en el jardín.

Todos la siguieron mirando en silencio, y Rosanna dio media vuelta y salió de la estancia.

Aquella noche, durante la cena, a la luz de los candelabros, en compañía de su hermano y su cuñada, Rosanna dijo:

—Me marcharé de esta casa.

Pietro enarcó las cejas.

—¿Be qué estás hablando, Rosanna?

—Be pronto he sentido la necesidad de viajar.

—No te comprendo.

—Tengo dinero, Pietro.

—Y yo te lo administro bien.

—Lo sé, Pietro, pero me quedan pocos años de vida, y todavía puedo ver muchas cosas que no he visto hasta ahora. Me habéis dicho muchas veces que por qué me encerraba en casa. Ahora os doy la razón.

Eva sonrió divertida.

—Pero, querida, ¿adónde quieres ir tú?

Rosanna la miró con odio. Era como si Eva le hubiera dicho: «Pero, querida, con tu tipo, con tu cara, con tus cincuenta años, ¿dónde quieres ir?»).

—Me marcharé pasado mañana —contestó—. Mí; decisión está tomada, Pietro, ¿querrás prepararlo todo?

No hubo objeciones. Más tarde, el matrimonio a solas, Eva convenció a Pietro de que su hermana era una carga debido a su genio insoportable.

Al día siguiente, la pequeña María se acordó de algo:

—Mamá, ¿te dio el anillo tía Rosanna?

—¿Qué anillo?

—Uno que me encontré en el jardín. Estaba lleno de tierra.

—Entonces, no debería tener ningún valor.

Y así fue cómo el anillo de los Walestzy fue a parar a manos de una mujer, Rosanna Bettini, que odiaba a los hombres.

CAPÍTULO VII

—Te quiero, Rosanna. Te quiero más que a nada en el mundo.

—¿De veras, Jean?

—Pienso en ti a todas horas. Sueño contigo, dormido, despierto, Rosanna.

Rosanna estaba encantadora. Se encontraba en París, en la corte de Luis XVI. Corrían malos tiempos. El pueblo quería alzarse contra el feudalismo. En todas partes se hablaba de los derechos del hombre. Se presagiaba una tormenta. Pero los aristócratas pensaban que todavía podrían continuar siendo dueños de la situación. Ellos arreglarían cuentas con los revolucionarios, si es que alguien se atrevía a levantar la bandera de la rebelión.

Jean de la Village, duque y marqués entre otros títulos, estaba sentado en un sofá, y a su lado se encontraba Rosanna. Cogió una mano de ella entre las suyas y la besó con ardor.

Ella se dejó besar con displicencia. Le divertía aquello de volver loco a un hombre. Pero ella no le daría nada de sí misma.

—Tienes un hermoso anillo.

Rosanna retiró la mano muy aprisa.

—Es de mi familia.

—Esas alas, ¿de qué son?

—De un murciélago.

—¿Un murciélago en un anillo?

Rosanna se levantó.

Jean de la Village corrió al lado de ella.

—Oh, perdona, sólo debería hablarte de mi amor. ¿Cómo puedo pensar en otra cosa? Sería capaz de todo por ti, Rosanna.

—¿De todo?

—¿No te lo he probado? He puesto una fortuna en tus manos y la has perdido en el juego. No me he quejado. Estoy en la ruina por ti, Rosanna.

Rosanna sonrió su triunfo. Aquel hombre bien parecido, del que cuando llegó a París contaban había tenido numerosas amantes, y que por ello era de los más codiciados por las parisinas, estaba enamorado de ella.

—Me casaré contigo, Rosanna.

—¿Casarte?

—Sí, Rosanna. No había pensado todavía en el matrimonio. Soy joven. Mi familia quería que me uniese a una aristócrata como yo. Y con dinero, claro. Yo acepté, a condición de que esperasen a que cumpliese los treinta años. Pero todo eso ya no me importa. Te quiero, Rosanna. Te adoro. Y quiero que seas mi mujer.

Ella había esperado ese momento. Lo había esperado ansiosamente.

Jean la enlazó por la cintura y la atrajo hacia sí.

—Serás la marquesa de la Village.

—No, gracias.

—Rosanna, ¿te das cuenta de la proposición que te hago?

—Desde luego, pero yo no seré la marquesa de la Village porque no me casaré contigo.

—Rosanna, ¿acaso hay otro hombre?

—Muchos.

—¿Eh?

—Hay muchos, y los quiero a todos por igual.

—¡No es posible que pienses lo que dices...!

—¿Por qué crees que no?

—Tú me correspondes.

—¿Cuándo te lo he dicho?

—No me lo has dicho. Pero tu forma de alentarme, tus sonrisas...

—Coqueteaba. Simplemente eso, marqués de la Village. Coqueteaba contigo, lo mismo que con otros, pero me tienen sin cuidado tus palabras de amor.

—Rosanna, ¿es que no me has oído? Estoy arruinado y tú has sido la que me ha llevado a esa situación. Te regalé una carroza. Te compré vestidos. He celebrado fiestas en tu honor.

—¿Te pedí yo algo?

—No.

—¿Entonces?

—Pero yo creí que...

—No me importa lo que creyeses. Y ahora adiós.

—¡Rosanna!

—Me he despedido de ti. Para siempre.

—¡Oh, no, tú no puedes dejarme!

La besó en la boca y ella forcejeó y logró quedar libre soltándole una bofetada.

Jean retrocedió, no queriendo dar crédito a lo que acababa de suceder.

—¡Rosanna, no puedes despreciarme!

—Te aborrezco. ¿Lo oyes? ¡Te aborrezco!

Rosanna dio media vuelta y salió del palacio del marqués de la Village.

Jean quedó anonadado cuando la puerta se cerró tras de aquella mujer que lo había enloquecido.

Sí, era eso. Estaba loco de amor por Rosanna y ella no pensaba volverlo a ver.

Como un borracho, se acercó tambaleándose a un burean. Tiró de un cajón que guardaba una pistola. Estaba cargada, desde que el pueblo había empezado a clamar por sus derechos. Decían que algún día asaltarían los palacios.

Su mano tomó la pistola y dirigió el cañón hacia su sien.

Y luego apretó el gatillo.

Rosanna paseaba por la calle.

Un grupo de ciudadanos vestidos con pobreza gritaban:

—¡Un marqués menos!

—¡El marqués de la Village se ha levantado la tapa de los sesos!

—¡Ha sido una lástima! ¡Nosotros le habríamos cortado la cabeza y le habríamos evitado el trabajo de matarse!

Todos rieron aquellas palabras.

Rosanna, con una sonrisa en los labios, pasó de largo ante el grupo.

Ellos, pobres imbeciles, no sabían que el marqués de la Village se había suicidado por ella.

—Enma —dijo de pronto una voz a sus espaldas.

Se volvió y quedóse asombrada. Ante ella tenía a Marcelo Ricci, al que había conocido cinco años antes en Roma.

Había pasado mucho tiempo, aunque ella seguía tan joven

gracias a aquel anillo que llevaba en su dedo. Y el marqués de la Village sólo había sido una de sus víctimas porque antes había conducido a otros a la más abyecta depravación o al suicidio en San Petersburgo, en Varsovia, en Berlín, en Viena, y ahora había empezado su trabajo en París, en la corte de Luis XVI, cuyo trono según algunos, se estaba tambaleando.

—¿Se acuerda de mí? —dijo Marcelo.

—No, no sé quién es usted.

—Pero... aquel día, en Roma, en el jardín de Pietro Bettini... Usted estaba allí, con su rostro tan bello, su sonrisa. Ese mismo rostro y esa misma sonrisa. Usted es Enma. ¿Lo ve? Recuerdo bien su nombre. No he podido olvidarlo.

—Soy Rosanna.

—¿Rosanna?

—Sí, Rosanna.

—Oh, no. Conocí a una Rosanna, la hermana de Pietro. Por cierto, era una mujer muy arisca.

—¿Ah, sí?

—Horrible.

La joven sonrió con satisfacción. El no podía imaginar que ella fuese aquella misma Rosanna de la que le estaba hablando.

Había conservado su nombre, Rosanna, pero había cambiado su apellido. Ya no era Rosanna Bettini. El Bettini lo había convertido en Faltoyano, que no se le parecía en nada.

—Soy Rosanna Faltoyano. Y nunca he vivido en Roma. Nací en Nápoles. Pero cuando tenía cinco años, mis padres emigraron. Y ahora, deshecha la confusión, continúo mi paseo. Adiós, señor Ricci.

Ella se separó de Marcelo y él no trató de detenerla porque estaba perplejo.

Tenía una nueva víctima en su poder, a Paul Lefevre, un banquero. Había ganado mucho dinero en la industria y en el comercio. Millones de francos.

Paul Lefevre era casado, pero eso a Rosanna no le importaba.

Paul Lefevre era uno de los hombres más odiados por el pueblo. Se decía que había hecho sus negocios utilizando su amistad con los ministros, comprando la mercancía a bajo precio y vendiéndola a un precio abusivo, traficando con el hambre.

Paul había comprado una casa para Rosanna. Ése había sido uno

de sus obsequios. Pero Paul no había conseguido nada de ella a cambio.

Una vez más, Rosanna coqueteaba con él, en su salón.

—¿Qué le parece mi nuevo vestido, Paul?

Era muy escotado.

Los ojos de Paul admiraban a Rosanna.

—Es la última moda —dijo ella e hizo una graciosa inclinación.

—Es usted perfecta, Rosanna.

—Gracias, y usted muy gentil.

—Rosanna, he pensado en usted... Y en mí. Es un mal momento para estar en París.

—Oh, París me encanta.

—A mí también, pero nos convendría a los dos marcharnos.

—¿Marcharnos adónde?

—A Londres, por ejemplo.

—No me gusta Londres. Dicen que es horrible, comparado con París.

—Pero Londres es la seguridad en estos momentos. Han puesto precio a mi cabeza.

—¿La policía?

—Oh, no —sonrió Lefevre—, la policía y yo estamos en las mejores relaciones. Es el populacho. No hablan más que de cortar cabezas, y una de ellas será la mía.

—¿Tiene miedo?

—Todavía no. Pero soy un hombre sensato... Debo marcharme, desaparecer de París por una temporada. Hasta que las aguas vuelvan a su cauce, si es que vuelven.

—Buen viaje.

—Oh, no, Rosanna. No me dejará partir solo.

—Entonces, quédese.

—Pero yo quiero estar junto a usted.

—Quédese y estaremos juntos, Paul.

—Es peligroso, muy peligroso, quedarme en París en las presentes circunstancias. —Paul hizo una pausa y miró el balcón abierto—. ¿No oye, usted?

—¿El qué?

—Los ciudadanos están cantando. Escuche, es una nueva canción. Hablan de libertad, de igualdad y de fraternidad.

Rosanna escuchó. Efectivamente, hasta allí llegaba lo que cantaba un grupo de ciudadanos.

—Tendrá un título esa canción.

—«La Marsellesa».

—Es bonita.

—Será trágica... Dicen que, cantándola, irán decapitando a los poderosos. Y yo soy uno de los poderosos.

Paul cogió a Rosanna por los brazos desnudos.

—Rosanna, la quiero a usted. La quiero con toda mi alma. Y por usted estoy dispuesto a abandonarlo todo. Mi mujer, mis hijos, mi hogar...

—¿Y qué se va a llevar?

—Tengo dinero en Londres, y me la llevaré a usted. Viviremos en Inglaterra. No nos faltará nada. La amaré siempre, Rosanna. Siempre.

—¿Siempre? —rió ella—. No podría.

—Se lo juro. No habrá otra mujer para mí. No puede haberla teniéndola a usted. Venga conmigo.

—Déjeme que lo piense.

—No hay tiempo para pensarlo, Rosanna.

—No puedo decidirlo ahora.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Está bien. Esperaré a mañana. Pero tiene que ser una respuesta afirmativa. La necesito, Rosanna. Sin usted, mi vida no tendría ningún objeto. Se lo aseguro.

La besó en la boca y ella se dejó besar porque sabía el efecto de sus besos. Era como un veneno que penetraba en los hombres y que los enloquecía.

—Tengo que marcharme ahora, Rosanna. Pero volveré mañana a primera hora.

—Sí, Paul.

Lefevre se retiró.

Tenía a aquel hombre a sus pies, como los tenía a todos. Y cuanto más poderosos fuesen, mucho mejor.

Cuando quedó a solas sus labios murmuraron:

—Ya has perdido la cabeza, Paul Lefevre. La cuchilla bajará hasta tu cuello. Y yo estaré allí para reírme de ti.

Llamaron a la puerta y entró un criado.

—Señora, es otra vez ese hombre. Marcelo Ricci.

—Ha venido cinco veces esta semana.

—Insiste en que le reciba.

—Dígale lo mismo de siempre, que no puedo.

El criado salió.

Rosanna había borrado la sonrisa de su rostro. ¿Por qué no quería recibir a Marcelo? Dejaba siempre que todos los hombres se acercasen a ella. Le gustaba escuchar sus requiebros, sus halagos, y, sin embargo, mantenía a Marcelo lejos de ella.

Fue hacia la puerta y la abrió. Allí estaba Marcelo, en el vestíbulo, hablando con el criado.

—Lo siento, señor Ricci, pero ya le he dicho que la señora no le puede recibir.

Entonces, él miró hacia Rosanna y sus ojos se encontraron.

—Hola —lo saludó ella.

Marcelo caminó hacia Rosanna con una sonrisa en los labios.

—Nunca pude sospechar que ganase en hermosura...

—Por favor, márchese.

Ella se volvió bruscamente y entró en el salón, pero oyó los pasos de él que la seguían.

—¿Qué hace aquí, señor Ricci? —dijo sin mirarlo—. ¿Por qué ha entrado?

—Usted me huye y yo me pregunto por qué.

—No huyo de ningún hombre.

—De mí, sí.

Ella levantó la barbilla, todavía dándole las espaldas.

—Señor Ricci, ¿insinúa usted que le huyo porque me interesa personalmente?

—Eso dicen algunos hombres que estudian la condición humana.

—¿Qué dicen?

—Que, cuando un ser humano huye de otro que pertenece al sexo opuesto, es porque en realidad lo ama.

—¡Es la mayor tontería que he oído en mi vida!

—Yo no lo he dicho —sonrió él.

Rosanna se volvió y lo miró con ojos desafiantes.

—¿Yo amarlo a usted? No, señor Ricci. No puedo amarle a usted ahora ni nunca.

—¿Por qué no?

—Se lo diré. Y será la primera persona a la que se lo diga.

—La escucho.

—Soy incapaz de amar a ningún hombre. ¡A ninguno! ¿Lo entiende?

—Oh, no, eso no es cierto. Usted es hermosa, Rosanna, pero es de carne y hueso y tiene un corazón, y una mente... Usted es como cualquier ser humano y por tanto, está sujeto, a sus mismas reglas. Necesita amar a un hombre. Puedo ser yo, o puede ser cualquiera, aunque preferiría ocupar ese lugar...

Dio unos pasos hacia ella.

—Sí, Rosanna, me gustaría mucho ser el hombre al que usted amase. El único.

Rosanna no dijo nada y él acercó su cara a la de ella y, sin tocarla con las manos, la besó con suavidad en los labios. Luego retiró su cara y sonrió.

—¿Sabe una cosa, Rosanna? Creo que soy el hombre que usted amará. Lo he presentado siempre, desde el día en el jardín de Pietro, cuando usted era Enma...

—¡Cállese!... ¡No soy Enma! ¡No lo soy!

—¿Qué importa un nombre? ¿Enma? ¿Rosanna? Usted es la mujer que yo quiero... Y no debe resistirse, porque también me quiere a mí. ¿Lo entiende? ¡Me quiere!

Ahora la besó con pasión.

Y luego él se dirigió a la puerta.

—Volveré a verla mañana. Piense en lo que le he dicho. Piénselo, Rosanna, Enma, o como quiera llamarse...

Marcelo se marchó.

Rosanna seguía inmóvil.

De pronto comprendió todo lo que le pasaba. Se había engañado a sí misma. Ella amaba intensamente. Y amaba a un solo hombre. A Marcelo Ricci.

Cerró los ojos y apretó los puños con fuerza.

—¡No, Rosanna!... ¡Tú no puedes amar a ninguno!... ¡A ninguno!

CAPÍTULO VIII

Rosanna Bettini soñó aquella noche.

Se veía corriendo por un prado lleno de margaritas. Corría muy lentamente.

Un hombre iba detrás de ella. Era Marcelo Ricci.

—Espérame, Enma.

Ella reía y reía mientras trataba de alejarse de él.

—Espérame, Enma.

Y de pronto ella se daba cuenta de que Marcelo corría más y que estaba a punto de alcanzarla.

De nada le valió su esfuerzo porque él la atrajo por un brazo y los dos, llevados por el impulso, cayeron en la yerba. Y ella perdió en la caída el anillo.

—¡Te quiero, Enma! ¡Te quiero, Rosanna!... —dijo Marcelo.

Y empezó a besarla en los labios juveniles, en las mejillas y en los ojos.

Y ella dio un grito de dolor. Pero Marcelo la seguía besando.

—¡Te amo, Enma...! ¡Te amo, Rosanna...! ¡Y tú solo puedes amarme a mí! ¡Yo soy el hombre al que tú únicamente puedes querer!

Y entonces Marcelo dejó de besarla y la miró.

Se quedó horrorizado porque el rostro de ella iba envejeciendo. De aquellos veinte años había saltado a los treinta. Y en su cara no sólo se iba reflejando la vejez, sino los vestigios de su maldad, de lo que había hecho a lo largo de aquellos años con los hombres, en las capitales de Europa, por donde quiera que pasó.

Despertó al oír golpes en la puerta.

Se levantó llena de sudor y saltó de la cama.

—Señora —dijo un criado.

Rosanna corrió al espejo y se miró en él. Sonrió al ver que no había pasado nada de aquello que le ocurrió en el sueño.

Continuaba siendo la Rosanna de los veinte años.

El criado volvió a golpear la puerta.

—¡Señora, el señor Lefevre la necesita ver con urgencia!

—Que pase.

Paul Lefevre entró precipitadamente.

—¡Rosanna, todo está perdido si no nos vamos inmediatamente!

El tribunal revolucionario ha dictado una orden de aprehensión contra mí.

Rosanna llevó aire a sus pulmones. No, ella no podía quedarse porque, si lo hacía se entregaría a Marcelo. Porque Marcelo tenía razón. Lo amaba, lo amaba apasionadamente y ella no quería amarlo.

—Sí, Paul, me voy contigo ahora mismo.

—Gracias, querida —dijo él y la besó.

Y poco más tarde, viajaban en un carruaje, en la oscuridad de la noche.

—Vamos a Calais —dijo Paul—. Tengo un barco contratado. Muy pronto estaremos en Inglaterra, sanos y salvos y entonces una vida maravillosa empezará para los dos.

De pronto el cochero empezó a detener el vehículo.

—¿Qué pasa? —gritó Paul.

—¡Gente con antorchas, señor! ¡Nos detienen!

—¡Pasa!

—¡No puedo, señor! ¡Están armados!

—¡He dicho que pases!

El cochero obedeció la orden y el vehículo dio un tirón cuando los caballos saltaron hacia adelante.

Entonces sonaron varios disparos.

Se oyó un aullido de muerte desde el pescante y los caballos fueron detenidos por gente que gritaba.

La puerta del carruaje se abrió y apareció en el hueco un hombre con tricornio. Detrás había varios revolucionarios con armas.

—Señor Lefevre —sonrió el del tricornio—, ¿cree que podría escapar a la justicia del pueblo? Ya veo que va muy bien acompañado. Los dos quedan detenidos en nombre de la revolución.

El fiscal gritó:

—¡El pueblo pide justicia! Paul Lefevre robó a los ciudadanos y

ha sido el causante de la muerte de mujeres y niños... Y con ese dinero compró palacios que donaba a sus amantes. Y aquí tenemos a una de ellas, que fue sorprendida con él en su fuga. Una mujer que se disponía a disfrutar con Lefevre, en el extranjero, de una fortuna de más de cinco millones de francos conseguidos pisoteando los derechos del hombre. ¡Debéis condenar a Paul Lefevre! ¡Debéis condenar a Rosanna Faltoyano!

El presidente del tribunal revolucionario dijo:

—Paul Lefevre, te condeno a morir en la guillotina... Rosanna Faltoyano, te condenó a morir en la guillotina.

Un clamor acompañaba cada vez que la cuchilla cercenaba la cabeza de uno de los condenados.

Caras gesticulantes reían, se burlaban de aquellas ejecuciones.

La sangre no dejaba de correr, pero los ciudadanos de la revolución no se consideraban satisfechos. Querían más vidas.

Le llegó el turno a Paul Lefevre.

Los puños se alzaron al aire y se oyeron voces.

—¡Bandido!

—¡Eres un ladrón, Lefevre!

—¡Ahora recibirás tu merecido!

—¿De qué te vale tu dinero?

El verdugo hizo arrodillar a Lefevre. Su cabeza quedó colocada en el hueco.

Luego el verdugo se levantó.

Se hizo un silencio.

Todos los ojos estaban fijos en aquella cuchilla que estaba arriba. Y de pronto descendió produciendo siniestros chirridos.

La cabeza de Paul Lefevre saltó al cesto. Y un segundo después un hombre la sacó cogiéndola por los cabellos y la mostró a la multitud.

Entonces, se produjo un griterío acompañado de risas.

—¡Rosanna Faltoyano!

Los ojos ávidos de sangre contemplaron a la hermosa joven.

Por un momento nadie dijo nada, lo cual no había ocurrido con anterioridad. Ningún insulto soez, ninguna burla.

El verdugo cogió del brazo a Rosanna para acompañarla al lugar fatídico.

En aquel silencio se oyó un grito.

—¡Rosanna!

La joven volvió el rostro hacia el lugar de donde partía la voz.
Y vio a Marcelo Ricci.

—¡No podéis matarla...! ¡Yo la quiero...!

Los ciudadanos y ciudadanas que estaban a su lado rieron.

—Un enamorado —se rió una mujer fea y desdentada.

Marcelo se abrió paso entre la gente, hacia el patíbulo, pero dos revolucionarios armados cruzaron su fusil ante él.

—¡Eh, ciudadano! ¡Será mejor que te estés quieto o te complicarás la vida!

El verdugo cogió del brazo a Rosanna, la hizo arrodillar y le puso la cabeza en el semicírculo fatídico.

Marcelo tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Rosanna...! ¡Rosanna!

La cuchilla descendió como antes, con chirridos, y decapitó a la hermosa Rosanna.

Su cabeza cayó al cesto.

Un hombre muy feo, distinto al que había cogido la cabeza de Lefevre, sacó la de la joven, atrapándola por los hermosos cabellos negros y la enseñó a la multitud.

Y todos contemplaron con avidez el rostro juvenil, que ahora ya no tenía vida.

Pero hubo una persona, Marcelo, que la miró con amor.

Y nadie se atrevía a reír ni a gritar porque nadie había visto un rostro tan bello.

Pero de pronto algo pasó en aquella cara.

Empezó a envejecer.

Aquel rostro juvenil perdió la frescura de su piel y se arrugó, y su cabello negro encaneció y sus labios rojos se fueron amarotando. Pero no se detuvo aquella transformación, y el rostro de la ejecutada se convirtió en una cara con una nariz aguileña, fea...

Algunas mujeres gritaron aterrorizadas.

Marcelo tenía los ojos agrandados observando los cambios que se iban produciendo en el rostro amado. No, ya no era su Rosanna, su Enma.

Y de pronto vio otro rostro que le era conocido. El de Rosanna Bettini, la hermana de Pietro Bettini.

Sí, era ella, exactamente ella. Pero mucho más fea ahora porque

aquel rostro expresaba la maldad, el odio...

Hasta el propio hombre que sostenía la cabeza de Rosanna, al escuchar los gritos de horror que salían del público, la miró de frente y él mismo gritó aterrorizado, arrojó otra vez la cabeza al cesto, y se apartó tambaleándose lleno de pánico.

Una mano sacó el anillo del dedo índice que había pertenecido a Rosanna Bettini.

—Este anillo queda confiscado en nombre del pueblo. Pasará con las otras joyas al Ministerio de Hacienda para su posterior subasta.

Alain Duval se encargaba de transportar las joyas al Ministerio de Hacienda. Había puesto sus ojos en una de ellas.

No, ésa no la entregaría. No le pasaría nada, a condición de que la guardase durante algún tiempo. El anillo de la esmeralda, con un ala de murciélago a cada lado en piedra negra, era hermoso, muy hermoso. Nadie le arrebataría el anillo. Sería para él, pero tenía que esconderlo en alguna parte.

En su camino al Ministerio, se detuvo en su casa, cerca del Sena. Subió por una estrecha escalera y entró en su habitación, donde se apilaban los trastos. Había un ventanuco por el que se llegaba fácilmente al tejado. Allá arriba levantó una teja y dejó el anillo. Luego incrustó la teja en su sitio y se aseguró de que estaba firmemente encajada, guardando su tesoro.

Volvió a entrar en su habitación y salió de la casa.

Cumplió su misión, entregando las otras joyas al Ministerio.

Nadie podía sospechar de él porque siempre había demostrado ser un buen revolucionario, y lo demostró más cuando se anunció que la revolución estaba en peligro, que los reyes de Europa se disponían a invadir Francia y todos los buenos ciudadanos deberían coger las armas y pelear por los derechos conquistados.

Y Alain Duval se marchó con el ejército del pueblo y éste derrotó a los soldados extranjeros. Pero Alain Duval fue muerto por una bala que le penetró por entre los dos ojos.

Y así fue como el anillo de los Walestzy quedó otra vez perdido, en el techo de una casa de París.

CAPÍTULO IX

Pierre Pajard era un vagabundo que vivía donde podía, siguiendo las orillas del Sena.

Se cubría con ropas demasiado anchas, pero eso era lógico porque le habían sido dadas por caridad. Y también sus botas eran dos números mayores del que le correspondían. Pero habían sido unas buenas botas, aunque ahora no lo eran tanto porque tenían un agujero en la suela.

Pierre tenía sesenta años, pero cualquiera le habría podido echar unos cuantos más, porque no se afeitaba, y sus barbas estaban blancas y sus bigote le cubría la boca.

Se había reunido con su buen amigo Marc Filloud, en la vieja cabaña de éste.

Estaban festejando el cumpleaños de Filloud y bebían vino, un buen vino que Filloud había comprado para aquella ocasión.

Habían hablado de muchas cosas y luego habían derivado los temas hacia las mujeres.

—¿Qué son ellas? ¿Eh, Pierre? ¿Qué son ellas? —decía Filloud...

—. La más buena, colgada.

—Hombre, no tanto.

—¿No tanto...? ¿Le debes tú algo a las mujeres?

—He pasado algún buen rato.

Pajard escancié más vino. No acostumbraba a hablar de sí mismo pero el alcohol le había desatado la lengua.

Filloud tenía varias fotografías en la pared, fotografías de artistas, de Brigitte Bardot, Elizabeth Taylor, y algunas mujeres de calendario, mujeres bellas que enseñaban mucha piel, de grandes senos y piernas hermosas y esbeltas...

Pajard bebió un trago de vino y miró aquellas fotografías. Luego guiñó un ojo.

—Yo fui feliz con una durante algún tiempo.

—¿Con una de esas?

—No, hombre. ¿Cómo iba a ser con una de esas? Con mi mujer.

—¿Con tu mujer?

—Sí, Filloud, yo estuve casado, pero aquello se acabó.

—¿Por qué?

—¿Por qué va a ser?

—¿Por otro hombre?

—Sí. Por otro hombre.

Filloud se echó a reír.

—¿Lo ves? La más buena, colgada. Y tu mujer tenía que estar también así —señaló el techo de donde colgaba la lámpara.

—Yo tuve la culpa —dijo Pierre.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—No me irás a decir que tú consentiste que ella y el otro...

—No, Filloud, no soy de esos. Pero cometí un grave error.

—Claro, dejarlos solos.

—No, Filloud. Mi error fue casarme con una mujer de dieciséis años, cuando yo tenía cuarenta.

—¿Tú cuarenta y ella dieciséis?

—Sí.

—Pero ¿a quién se le ocurre?

—Se nos ocurre a muchos. Además, Giselle era extraordinaria.

Pajard miró otra vez las fotografías de las artistas de los calendarios y Filloud siguió la mirada.

Los dos se bamboleaban bajo los efectos del vino.

—¿Cuál de ellas? —preguntó Filloud.

—¿Cuál de ellas qué?

—¿Cuál de ellas se parecía a Giselle?

—Ninguna.

—Entonces, ¿cómo era Giselle?

—Giselle era una cosa distinta. ¿Cómo me iba a casar con Elizabeth Taylor o con la Bardot? Giselle era Giselle.

—Entiendo, Giselle era Giselle.

Filloud bebió un trago y al cabo de un momento dijo:

—¿Y cómo era Giselle?

—Eres un viejo verde.

—¿Yo?

—Tú. ¿Qué es eso de preguntar cómo era mi mujer?

—Pero ¿sigue siendo tu mujer?

—Sí.

—¿No te divorciaste cuando aquel tipo...? —Levantó la mano apuntándole con dos dedos, el índice y el meñique.

—Te voy a pegar un botellazo como me señales de esa forma.

—Bueno, ¿qué podías esperar? Ella tenía dieciséis años y tú cuarenta. Seguro que se prendó de uno de su edad.

—Bueno, él tenía veinticuatro o veinticinco. Era más joven que yo, más guapo que yo. Pasó lo lógico.

—¿La perdonaste?

—¿Qué querías que hiciese? ¿Qué cogiese un cuchillo? ¿Una pistola? ¿O preferirías que los hubiese matado con un cañón?

—Así que los sorprendiste.

Gruñó Pajard sin contestar.

—¿En tu casa?

—No, en mi casa no. Los seguí simplemente, y fueron a un hotelito.

—Conque a un hotelito...

—¿Qué te pasa? Ellos podían ir adonde quisiesen. Estaban de acuerdo. Daba lo mismo que fuesen a un hotelito o cualquier otro lugar.

—Pero fueron a un hotelito. ¿Y qué hiciste?

—Nada. No hice nada. Los vi y me marché.

—¿Los viste y te marchaste?

—Sí, fui a hacer la maleta y me largué.

—¿Adónde?

—Primero a Marsella. Quería embarcarme. Había pensado que los mares del Sur eran buen lugar para luego...

—¿Luego?

—Me puse a beber en Marsella y olvidé los mares del Sur. Se me acabó el dinero y después, ya te lo puedes imaginar. Empecé a ir de un lado a otro, hasta que terminé como todos vosotros, en París.

—Y aquí está tu mujer.

—No lo sé.

—¿No pasó tu historia en París?

—Sí, pasó en París, pero yo no me he preocupado por saber si Giselle está en París o en otra parte. No lo sé, ¿lo entiendes? ¡No lo

sé...!

—¡Ah!, ya.

—¿Qué quiere decir ah, ya?

—Hombre, no te pongas así. Tú has sido el que me has contado la historia. De modo que no me metas en líos. Además, tienes motivos para haberte olvidado. Han pasado veinte años de aquello.

—Sí, veinte años. Y si ella tenía entonces dieciséis, ahora tiene treinta y seis.

—Pura aritmética. Sé las cuatro reglas —soltó un hipido, Filloud.

—¿Tú? Tú no sabes nada.

—Oye, que yo también he ido al colegio.

—¿Sabes lo que te digo? Que me voy.

—Todavía queda vino.

—Ya bebí bastante vino. Me quieres emborrachar.

Era un contrasentido porque ya estaba borracho. Se levantó.

—Y yo sé para qué, Filloud. Para que te cuente más cosas de Giselle. «¿Cómo era ella, Pajard? ¿Qué estaban haciendo cuando la sorprendiste con el fulano, Pajard? ¿Miraste por el ojo de la cerradura, Pajard?». Pues no te voy a contar nada. ¿Lo entiendes? ¡Nada! ¡Ahí te quedas, con tu Taylor, con tu Bardot y con todas tus mujeres!

Pierre se marchó tambaleándose hacia la puerta.

—Hombre, ¿por qué te pones así? —rezongó Filloud—. Vuelve y siéntate.

—No, me voy.

—¿Adónde?

—Hace una buena noche. Dormiré al raso.

—Hay un camastro para ti.

—No, gracias.

Pierre salió de la cabaña y pegó un portazo.

Estaba furioso. Hacía mucho tiempo que no pensaba en su Giselle. ¿Por qué la llamaba su Giselle? Hacía veinte años que no sabía nada de ella.

Se alejaba de la cabaña de Filloud saltando por entre los escombros.

Una inmobiliaria había puesto allí un cartel. Se llamaba Inmobiliaria El Futuro. Iban a construir grandes torres. París estaba

dejando de ser París. Las malditas inmobiliarias no les iban a dejar a ellos, a los vagabundos, un trozo de tierra para descansar. Tendrían que marcharse. ¿Por qué no se iba a Marsella y se embarcaba hacia los mares del Sur?

Se puso a canturrear mientras daba tumbos.

«Oh, Giselle, tú me engañaste, con un hombre me traicionaste, hermosa y bella Giselle».

De pronto sus pies se hundieron en el vacío y cayó hacia delante.

Soltó unas cuantas maldiciones. Se había hecho daño en las costillas.

Se iba a levantar cuando vio algo que brillaba delante de sus ojos, en la tierra.

Se echó a reír.

—Una estrella ha caído del cielo y yo, el gran Pierre Pajard, la tendré en mis manos. Ven, estrellita, ven.

Cogió aquello que refulgía. Parpadeó mirándolo. Estaba sucio de tierra y lo frotó con los dedos.

Demonios, era un anillo. Sí, un anillo con una piedra verde, que era la que brillaba.

Rió otra vez.

—La fortuna entró en mi casa... Señoras y caballeros, el gran Pierre Pajard acaba de encontrar un anillo. ¿Cuánto me dará por ti ese viejo usurero de Max Coubaud?... Tendré que esperar a mañana. Sí, señor. Tendré que esperar a que el viejo usurero abra su prendería... Bien venido, hermoso anillo. Me darás dinero. Gracias a ti conseguiré dinero. ¿Y para qué sirve el dinero? Yo te lo diré, anillito. ¡No sirve para nada!

Terminó de levantarse y frotó el anillo contra la manga. Estaba muy mareado. No podía ver bien lo que había al lado de la piedra verde. Eran dos cosas negras. De eso estaba seguro. Dos cosas negras. Y la piedra era verde. Caramba, podría ser una esmeralda. La vería donde hubiese más luz. Pero estaba muy mareado. No podía seguir adelante. Bostezó.

—Vamos a dormir, anillito.

Se metió el anillo en el bolsillo y tanteó entre los escombros hasta que encontró un hueco y se tendió en él, dando un bostezo.

Mirando las estrellas, se puso a canturrear:

Una estrella bajó del cielo, y la tengo en el bolsillo.

Sacó el anillo y lo observó.

—Sí, señor, eres muy hermoso. ¿Qué tal efecto harás en mi dedo? Vamos a verlo.

Se puso el anillo en el dedo.

—No está mal. No, señor. Nada mal.

Se le cerraron los ojos. Apoyó la cabeza en la tierra y no tardó ni tres segundos en dormirse.

Cuando despertó con la luz del día, era un hombre de veinticuatro años, pero él no se dio cuenta de nada.

Al levantarse vio al viejo Filloud.

Recordó su discusión con él la noche anterior. Filloud iba con su caña de pescar al río.

—¡Filloud!

Filloud lo miró y no le dijo nada.

—¡Eh, Filloud, espérame!

Pero el viejo no le esperó.

—¿Estás enfadado conmigo?

Filloud ya no podía oír porque estaba demasiado lejos.

Pierre saltó por entre los escombros. Un poco más allá descubrió a otro vagabundo, a Bernard Chauffier. Estaba buscando algunos objetos en un vertedero.

—Buenos días, Chauffier.

El otro lo miró.

—Buenos días.

—¿Cómo está tu mujer?

—¿A ti que te importa?

—Hombre, eso sí que está bien. Pregunto por tu mujer y tú me contestas con mala educación.

El otro se encogió de hombros y continuó buscando en el vertedero.

Pajard dio un manotazo al aire y se alejó de aquel lugar. Iría por Filloud para hacer las paces.

Filloud no estaba lejos de allí. Sabía dónde encontrarlo.

Lo vio sentado en el borde, junto a un puente, con la caña en la mano.

Se acercó por detrás.

No sabía cómo iniciar la conversación. Vio que la boyá se hundía en el agua.

—¡Tira, Filloud...! ¡Tira ahora!

Filloud tiró demasiado pronto. Sacó el anzuelo sin el pez.

—Te dije que tirases.

Filloud lo miró.

—Oiga, ¿qué le importa a usted? No lo conozco, ¿lo entiende? ¡No lo conozco y no me gusta hablar con desconocidos!

—Conque ésas tenemos.

Filloud ya no le hizo caso. Puso nuevo cebo en el anzuelo y lo arrojó el agua.

Pajard sintió deseos de empujar a Filloud y lanzarlo al agua. Sí, eso era lo que iba a hacer con aquel viejo rencoroso. Se agachó para empujarlo.

Y de pronto, se detuvo al ver reflejada en el agua la imagen de un hombre de unos veinticuatro años. Estaba agachado, como él. La imagen lo estaba mirando. Sintió un escalofrío por la espina dorsal. Volvió la cabeza y no vio a nadie.

Aquella imagen... ¡era su imagen!

La miró otra vez y entonces se recordó a sí mismo cuando tenía veinticuatro años. ¡Era exactamente él!

CAPÍTULO X

Todavía estaba junto a Filloud, en cuclillas, contemplando la imagen que le devolvía el río.

No, aquello tenía que ser un sueño. Eso era. ¡El vino de su amigo! Estaba borracho. Simplemente borracho.

—Filloud.

—¿Otra vez usted? —Lo miró su amigo.

—¿Quién soy yo?

—¿Me lo pregunta a mí?

—¿A quién se lo voy a preguntar? Quiero decir, que necesito que me lo digas. Por favor, ¿quién soy yo?

—Yo le contestaré.

—Magnífico.

Filloud se mojó los labios con la lengua y estalló:

—¡No lo he visto en mi vida! ¿Lo oye? ¡No he visto su cara nunca!

—¿De verdad?

—Pero ¿qué quiere que le diga?

—Gracias, Filloud. Muchas gracias.

—Y ahora, ¿me quiere dejar pescar? Lo que saque de ahí es mi comida, ¿lo entiende? ¡Mi comida!

—Sí, Filloud.

Pajard se apartó de su amigo. Se pasó las manos por la cara. Sí, ya no tenía barba, y él no se había afeitado la noche anterior y su rostro era de piel fina, sin una sola arruga.

Bajó las manos y vio que también sus dedos eran juveniles.

De pronto vio el anillo. Sí, lo recordaba. Era el que había encontrado poco después de salir de la cabaña de Filloud. La estrella bajada del cielo. Dios mío, una estrella no podía rejuvenecer, pero un anillo tampoco. ¿O podía?

Sintió deseos de quitárselo. Lo cogió y empezó a sacarlo del

dedo pero, en el último instante, sintió miedo.

¿Por qué no dejaba de hacerse preguntas? El era joven. Otra vez joven. ¿No era eso lo importante?

Empezó a correr mientras llevaba aire fresco a sus pulmones y se puso a cantar.

Pajard se fue a la guerra y volvió como un soldado joven.

¿Qué le pasó a Pajard?

Vio a dos vagabundos que discutían. Estaban a punto de llegar a las manos.

Pajard llegó ante ellos y les palmeó la espalda.

—Muchachos, ¿por qué van a pelear? El mundo es algo sensacional, piramidal, descomunal...

Los dos hombres habían dejado de discutir y miraban a Pajard con la boca abierta.

Pierre les dio nuevas palmadas y se marchó.

Los dos hombres le siguieron mirando y uno de ellos se llevó el dedo a la sien y lo hizo girar allí.

—Está loco.

—Como una cabra.

Pierre Pajard tenía una moneda para desayunar. Eso era lo que le hacía falta a su nuevo cuerpo. ¡Cielos, tenía un nuevo cuerpo!

Entró en el café La Concordia.

Conocía al mozo. Era Jacques.

—Un café con leche con un bollo, Jacques.

Se dio cuenta de que Jacques lo miraba como si lo viese por primera vez.

Demonios, tenía que acostumbrarse porque, realmente, Jacques lo veía por primera vez.

Mientras esperaba el café, se miró en el espejo de enfrente. Era un buen mozo, guapo y varonil.

Vio reflejada en el espejo a una mujer.

Era Dominique, una cuarentona bien rellena, los ojos muy pintados. Tenía una pensión. La policía la dejaba en paz porque cumplía los requisitos.

Cuatro chicas trabajaban para Dominique y se decía que el negocio le iba bien porque Dominique exhibía muchas joyas.

Ella se sentó en el taburete al lado de Pierre, y ya lo estaba mirando en el espejo y él sabía que los hombres jóvenes producían en Dominique unos efectos devastadores, sobre todo si eran guapos y varoniles.

—Hola, chico —lo saludó Dominique. ¿Cómo te llamas?

—Pierre.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace un rato.

—¿De dónde eres?

—De por ahí.

—Está bien, si no quieres decirlo...

Jacques puso el café y el bollo delante de Pierre y éste lo despachó todo con apetito.

Cuando fue a pagar, Jacques le hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ella pagó por ti, guapo —señaló a Dominique.

Pierre fue a protestar, pero vio la sonrisa que ella le dedicaba.

—No tiene importancia, Pierre. ¿Tienes trabajo?

—¿Por qué?

—Necesito un empleado. Soy dueña de La Alsaciana... Es una buena pensión... Te pagaré bien —entornó los ojos.

Pierre fue a responder negativamente. No, él no era de éstos.

Pero los ojos verdes de Dominique le hicieron recordar otros verdes, los de Giselle. Caramba, ¿cómo no se había acordado de Giselle antes, la mujer por la que se había convertido en un vagabundo? A pesar de tener veinticuatro años, continuaba siendo un vagabundo porque llevaba las ropas del Pierre que era el día antes.

Oyó que su voz interior le decía: «Pierre, tú tienes veinticuatro años. ¿Y sabes cuántos tiene Giselle? Treinta y seis. ¡Giselle es doce años mayor que tú en estos momentos! Pura aritmética, como te dijo anoche Filloud. ¿Qué pasaría si ahora te encontrases con Giselle?».

Se oyó decir a sí mismo:

—Sí, ¿qué pasaría?

—¿Cómo dices, Pierre? —le preguntó Dominique.

—Oh, perdona, estaba pensando en voz alta.

—¿Aceptas mi empleo?

—Sí, creo que lo voy a aceptar.

—Estupendo, muchacho. Anda, ven conmigo.

Dominique se fue hacia la puerta contoneando las caderas y él se quedó quieto, mirándola. Oyó su voz interior otra vez: «Muchacho, tienes que cambiar un poco. Necesitarás dinero, si quieres encontrar a Giselle, y Dominique te lo puede dar».

Dominique se había detenido junto a la puerta.

—¿Es que no vienes?

—Sí, señora.

Al llegar a su lado, Dominique se colgó de su brazo.

—Y no me llames, señora, ¿quieres? Para ti voy a ser simplemente Dominique, y tienes que tutearme.

—Sí, Dominique.

Al llegar a la pensión una joven salía, una de las chicas que trabajaba para Dominique. Se quedó asombrada viendo a Pierre y pegó un silbido.

—Anda, nena —rezongó Dominique—, lárgate.

Dominique, una vez dentro de la pensión con Pierre, le dijo:

—Oye, esas ropas son una indecencia.

—Pero es que no tengo dinero.

—No te preocupes. Te daré un adelanto.

Dominique abrió un cajón con una llave y extrajo un gran fajo de billetes.

—Aquí tienes. Hay un almacén al final de la calle.

Cómprate un par de trajes, y camisas, corbatas, y un par de zapatos.

—Sí, Dominique.

—Y luego vuelves aquí. Quiero verte elegante.

Pierre sonrió y Dominique le dijo:

—Me gusta tu sonrisa, Pierre. Me gusta mucho.

Se puso de puntillas, le apoyó una mano en el cuello y lo besó en la boca.

Luego ella dijo:

—Anda, Pierre, vete a comprar eso. Luego seguiremos. Seré una buena patrona para ti.

Pierre Pajard salió de la pensión y poco después iba canturreando por la calle.

Oh, Giselle

*no sé dónde estarás
no sé con qué hombre te encontrarás
pero hacia ti voy, hermosa Giselle.*

Se metió en el almacén que Dominique le había indicado y, una hora después, salió convertido en otro hombre, con un traje a rayas que le venía perfectamente.

Tenía también camisa, corbata y zapatos nuevos. Y en un paquete que llevaba bajo el brazo guardaba otro traje, el segundo, y otras camisas con alguna ropa interior.

Cuando entró en la pensión, Dominique se quedó admirada.

—Pierre, ¿eres tú?

—Sí, el de antes. El que encontraste en el café.

—Infiernos, no podía imaginar que fueses tan elegante. ¡Pero si eres el hombre más atractivo de París!

—¿Tú crees?

—¿Que si lo creo?

Dominique se abalanzó sobre Pierre y empezó a besuquearlo.

—Cuidado, Dominique, que me arrugas el traje.

—No te preocupes. Ahora mismo te lo quito.

Y Dominique empezó a despojarle de la chaqueta.

CAPÍTULO XI

Pierre Pajard empujó la puerta de vidrio sobre la que se leía:

«Georges Brobowski. Investigador privado»

Georges Brobowski, un hombre gordo, de bigote recortado, estrechó la mano de Pajard.

—Nos ha costado mucho, señor Dupont.

Era el nombre que había dado como cliente a Brobowski, Jean Paul Dupont.

—¿Qué es lo que sabe, señor Brobowski?

—Todo.

—¿Todo?

—Ya hemos encontrado a su Giselle.

—¿Dónde está?

—En París.

Pierre tragó saliva.

—¿Sola?

El señor Brobowski sonrió.

—Una mujer no está sola, sobre todo si es bella.

De modo que Giselle continuaba siendo bella. Pero ¿qué podría esperar? Claro que estaría bella. Lo sería más que entonces porque ahora, con treinta y seis años, Giselle sería un fruto en sazón.

Apartó tales pensamientos de su mente.

—Dígame, señor Brobowski...

—Está casada.

—¿Casada? Claro que está casada. Con Pierre Pajard.

—No, señor Dupont. No está casada con el señor Pajard. El señor Pajard fue su primer marido.

—Pero yo estoy seguro de que no se divorciaron.

—Es cierto. No hubo divorcio. Pero el señor Pajard se marchó.

—Brobowski hizo chasquear los dedos—. Se hizo humo, desapareció.

—¿Y entonces?

—Cuando ella consiguió la declaración de fallecimiento de su esposo, se casó con el hombre que había vivido con ella durante todo aquel tiempo. Y ahora es la señora de Raymond Perich.

—La señora Perich —repitió Pierre, decepcionado.

—Exacto, señor Dupont... Pero, qué señora. Tuve el gusto de hablar con ella. Naturalmente, no le dije por qué. Nosotros tenemos nuestros pequeños trucos —el detective se llevó los dedos a los labios, en un gesto expresivo, y agregó, separando las sílabas—. Sen-sa-cio-nal.

—¿Ah, sí?

—Se lo digo yo, señor Dupont. Un conocedor.

Pierre carraspeó.

—¿Hijos?

—No, señor. No los ha tenido.

Georges Brobowski dio un suspiro y cogió una fotografía que había encima de la mesa y le dio la vuelta para que la viese Pierre. En la fotografía aparecía Brobowski con una mujer aproximadamente de su tamaño, y con doce niños que se llevaban entre ellos muy poca edad.

—Unos muchos y otros poco. ¿Qué le parece, señor Dupont? Y estamos esperando el decimotercero.

—¿Dónde vive?

—Tengo una casa espaciosa, no me quejo.

—No me refería a usted, sino a Giselle.

—Ah, es una bonita casa Su marido, el señor Perich, gana mucho dinero. Vende coches, ¿sabe? Esos vendedores de coches saben dónde meter las manos. Y los Perich tienen tres automóviles. Uno americano, otro alemán y otro francés. Menos mal que son patriotas. Aquí tengo el informe. Está todo lo referente a los Perich. Su pasado. Su presente. Bueno, no está el futuro. Todavía no tenemos una bola de cristal —rió su propio chiste.

Pierre cogió el informe.

—¿Y está su dirección, señor Brobowski?

—Desde luego, no falta un detalle... Bueno, falta que usted pague el resto de mis honorarios. Poca cosa, teniendo en cuenta el

esfuerzo que hemos tenido que hacer para complacerle.

Poco después, Pierre Pajard salía de la Agencia de Investigaciones, con menos francos en la cartera, pero con la satisfacción de haber conseguido lo que había deseado con tanto ahínco desde que se transformó en un hombre de veinticuatro años.

Pierre Pajard, con sus veinticuatro años, pulsó el timbre de la puerta.

Tenía una maleta a sus pies.

Los Perich vivían en un chalet, en las afueras de París, y allí estaba él.

El corazón le latía con fuerza. No había visto a Giselle en veinte años.

La puerta se abrió y vio a su Giselle, a la mujer que había amado y que continuaba amando. No, no la había podido olvidar, a pesar de todos aquellos años. Y Brobowski le había dicho la verdad. Giselle estaba más hermosa, bella y deseable que nunca. Era un fruto en sazón.

—¿Sí? —dijo ella.

Se habían estado mirando, y él pareció salir de aquella especie de hipnotismo que le había producido el sentir sobre sus ojos los de Giselle.

—Buenos días, señora. Soy André Gremillon... Trabajo para la firma Llompart... Quisiera ofrecerle mis artículos.

—Lo siento, pero ya tengo aspiradora.

—La firma Llompart se dedica a artículos deportivos.

—¿Artículos deportivos?

—Sí, señora —repuso André con su mejor sonrisa—. El deporte hoy en día es muy importante para todos nosotros. Nos ayuda a conservarnos jóvenes.

Puso énfasis en aquella palabra. Jóvenes.

La bella Giselle enarcó las cejas y André notó que ella le daba importancia. Se miraron unos instantes en silencio y entonces ella dijo las palabras que él deseaba oír.

—Puede pasar.

—Con su permiso.

Fueron a un salón.

André vio la fotografía de un hombre. Lo recordaba. Era Raymond Perich, el hombre que le había robado a Giselle. Y

tampoco se le había olvidado el lunar que Raymond tenía en la mejilla derecha.

Giselle había seguido la mirada de él y dijo:

—Mi marido.

—Es un hombre con mucha suerte.

—Muy gentil.

Ella estaba un poco aturdida.

Pierre abrió la maleta.

—Permítame que le muestre algo muy práctico. El Rodex... Sirve para guardar la línea. Ya sabe, a veces se forma en ciertas partes del cuerpo alguna grasa. No le damos importancia, pero un día llegará a tenerla.

Mostraba en la mano un rodillo.

—Ya tengo uno —respondió Giselle.

Había tardado en decirlo porque lo estaba escuchando con mucha atención.

Pierre guardó el rodillo y sacó una caña de pescar telescópica.

—Quizá esto sea lo que usted necesita.

—¿Pescar? Oh, no, es horrible.

—¿Lo ha intentado alguna vez?

—De pequeña, pero me aburría.

—¿Sabe que la pesca es ideal para relajarse?... Hoy vivimos en un mundo muy complicado... Estamos toda la semana en la ciudad, pero llega un domingo y necesitamos respirar aire puro... Es una caña para pescar la trucha. Se puede pescar mucha clase de peces, pero le aseguro que la pesca de la trucha es la más deportiva. Reúne en ella toda clase de emociones. Para pescar la trucha no se puede estar quieto en un sitio. Hay que desplazarse. Remontar o descender por el río. Se hace mucho ejercicio.

—Pero yo no sé siquiera lanzar —rió Giselle.

—Existen muchas formas de hacerlo. Pero hay algunas más fáciles que otras. Estoy seguro de que usted será una buena alumna.

—Oh, no, soy muy torpe.

—No diga eso.

—Le aseguro que soy torpe.

—Pero usted reúne condiciones. Tiene piernas esbeltas, cintura estrecha y sus brazos son flexibles. He visto cómo los mueve. Y tiene armonía. Justo lo que se necesita para lanzar. Es la primera

condición. Armonía. Sólo tiene que aprender el ritmo del lanzamiento. Fíjese en mí.

Pierre alargó la caña, echó hacia atrás la puntera, e imitó el lanzado.

—¿Ve qué fácil, señora?

—Sí, parece fácil.

—Inténtelo.

—No sé si podré.

—Claro que podrá.

Le dio la caña de pescar.

Giselle trató de imitarle pero, su lanzado no fue correcto. Alargó demasiado los brazos hacia arriba.

—¿Lo ve, señor Gremillon? Le advertí que soy muy torpe.

—Nadie nace sabiendo. Pero usted aprenderá enseguida.

—Deme una lección.

—Con mucho gusto.

Pierre se acercó a ella.

Ya estaba seguro de que había logrado interesar a Giselle personalmente y no en la caña de pescar.

—¿Cómo debo ponerme? —le preguntó ella.

Pensó que ahora venía lo más atrevido de su actuación. Pero tenía que hacerlo, puesto que ella misma le invitaba.

—Relájese un poco, pero no flexioné las piernas.

—Bien, ya estoy relajada.

—¿Me permite usted?... —Se puso detrás de ella.

—Sí, claro.

Pierre la abarcó con sus brazos y le cogió las manos, con las que ella sujetaba la caña.

El contacto de su piel con la de Giselle le hizo estremecer. Era la primera vez que la tocaba después de aquellos largos años, y quedó inmóvil oliendo el perfume que emanaba del cabello de ella.

Giselle volvió su cara y dijo:

—¿Qué viene ahora, señor Gremillon?

CAPÍTULO XII

Pierre Pajard vio los grandes ojos de Giselle, verdes, como los de Dominique.

Continuaba viviendo en la pensión de Dominique, pero no trabajaba para la firma Llompart. Había comprado aquella maleta y algunos artículos deportivos para llevar a cabo su plan.

—Siga mis movimientos, señora Perich.

—Desde luego.

—Vamos a echar la caña hacia atrás.

Pierre hizo aquel movimiento, siempre abarcándola con sus brazos.

—Ahora la caña está supuestamente como debe estar, y el carrete con el sedal. Llegamos al lanzamiento. El cebo, la mayoría de las veces, es una cucharilla, que debe caer con suavidad en el agua para no producir demasiado ruido, o la trucha se espantaría. Entonces, hay que imprimir a la caña un impulso hacia arriba no demasiado violento, sino suave. Fíjese en cómo se hace.

Hizo el lanzamiento, siempre impulsando las manos de ella, y la punta de la caña trazó un semicírculo en el aire.

—¿Lo ve, señora Perich? Fue perfecto.

Ella volvió de nuevo la cara hacia él y dijo:

—Apuesto a que es más difícil en la práctica.

—No, no lo es. Aunque lo perfecto sería que yo le hubiese dado esta lección sobre el terreno, quiero decir en el río donde está la trucha.

Hizo una pausa y antes de que ella pudiese decir algo, agregó:

—He enseñado a algunos clientes en el río. Desde luego, las enseñanzas son mucho más eficaces. Si usted tuviese tiempo...

—Lo tengo.

La respuesta de ella había sido rápida y tajante.

—Sería un placer para mí enseñarla, señora.

—Es usted muy amable... ¿Cuándo, señor Gremillon?

—Usted es la que manda.

—¿Le parece bien mañana?

—Estoy a su disposición.

—¿A qué distancia se encuentra ese río?

—A unos ochenta kilómetros de París.

—Entonces, iremos en mi deportivo... Podíamos salir de aquí a las diez de la mañana... ¿Le viene bien?

—Perfecto.

Pierre ya no tenía que hacer nada allí de momento. Guardó la caña en la maleta.

—Señora Perich, vendré mañana a las diez.

—Encantada.

Lo acompañó hasta la puerta y él se despidió sonriéndole.

—Hasta mañana, señora Perich.

Había alquilado un coche y, cuando se marchaba miró la casa y vio a Giselle en el porche, inmóvil, siguiéndole con la vista.

Ya estaban viajando en el coche de ella, uno al lado del otro.

Los dos fumaban, y de vez en cuando se miraban.

Pierre se decía que aquello no se lo podría creer nadie. El estaba allí, viajando con su mujer. Pero no como el hombre de sesenta años que debería ser, sino como un joven de veinticuatro.

De pronto ella dijo:

—Usted me recuerda a alguien.

Pierre la miró fuertemente impresionado.

—¿A quién le recuerdo, señora Perich?

—Pues no lo sé...

Pierre volvió a mirar al frente y sonrió. Esperaba que ella hubiese dicho: «Me recuerda a mi primer marido. Se llamaba Pierre Pajard, un pobre diablo, ¿sabe? Desapareció».

Llegaron al lugar elegido por él. Lo conocía bien porque había estado muchas veces pescando, cuando era un vagabundo.

Preparó la caña mientras era observado por Giselle.

—¿Lista, señora Perich?

—Por favor, no me llame señora Perich. Soy Giselle para usted.

—De acuerdo, Giselle.

La caña tenía su carrete y una cucharilla plateada con círculos rojos.

—Fíjese bien, Giselle. Voy a hacer un lanzamiento. Observe la posición de mis piernas, y la de mis brazos y de qué forma llevo la caña atrás y lanzo la cucharilla.

Hizo el lanzado con la mayor lentitud posible.

La cucharilla golpeó suavemente en el agua y de pronto sintió un tirón.

—¿Qué es eso? —gritó Giselle.

—Picó una trucha.

—¿Es posible?

—Sí.

—Caramba, y lo hizo a la primera.

—Tuve suerte.

La trucha saltó varias veces en el agua.

—¡Dios mío, es grande! —exclamó Giselle.

—Creo que es de un kilo, aproximadamente.

—¡Tráigala!... ¿Qué espera?

—No se debe recoger hilo rápidamente.

—¿Por qué?

—Quizá la cucharilla no está bien clavada y, si yo tratase de cobrar hilo demasiado aprisa, la trucha se desgarraría la boca y se escaparía. Aparte de dejarla herida, yo traería la cucharilla vacía.

—¿Qué hay que hacer?

—Luchar unos minutos con ella.

Pierre fue cobrando hilo poco a poco.

La trucha, que en un principio había luchado con tesón, cada vez lo hacía con menos energía.

Pierre sacó el pez del agua. Era un buen ejemplar.

—Qué hermosa —dijo Giselle.

—Es uno de los peces más bonitos, una trucha común. La prefiero a la otra, la importada de América, la arco iris.

Pierre desenganchó la trucha, que siguió saltando en la yerba, en el prado ribereño en el que se encontraban.

—Bien, señora Perich, ahora le toca a usted.

Ella vestía atuendo deportivo. Pantalones negros y un suéter rojo y tanto una prenda como otra marcaban con nitidez sus curvas.

Pierre nunca había conocido a una Giselle tan seductora y tan graciosa. El tiempo la había mejorado, como ocurría con los vinos.

Le dio la caña.

—A ver qué tal lo hago yo sola.

—Tire, Giselle.

Ella hizo el primer lanzamiento, pero era demasiado femenina, y los movimientos fueron tan lentos que la cucharilla cayó a tan sólo un metro de la orilla.

—¿Lo ve, André? Soy un desastre.

—No, Giselle.

—Tendrá que enseñarme usted.

—Para eso estoy aquí.

La abarcó otra vez con sus brazos, como el día anterior en su casa, y de nuevo sintió un escalofrío al contacto de la piel femenina.

Lanzaron, pero también resultó imperfecto.

Lo repitieron por segunda vez.

Ella lo miró a los ojos. Tenía las mejillas arreboladas, y él sabía que se debía a que la sangre circulaba con más calor por las venas de Giselle.

La besó en la boca.

Esperó que ella le diese un empujón, pero no fue así.

Cuando separó sus labios de los de Giselle, ella lo siguió mirando.

—¿Seguimos? —dijo Giselle.

Y Pierre no supo a qué se refería. ¿Debía seguir besándola o debía seguir los lanzados de la caña?

Acompañó los brazos de ella para echar la caña atrás.

—Eso no, tonto.

Pierre la volvió a besar y entonces Giselle abrió las manos y la caña cayó en el suelo.

Perdieron el equilibrio y se desplomaron en la yerba fresca.

—¡Oh! —dijo ella dando un grito.

Pierre la miró sonriente. Ella era su mujer, su esposa. Y los dos se habían casado para amarse toda la vida. Y él habría cumplido su juramento, porque la había amado más que a nada en el mundo, y no había existido otra mujer para él durante veinte largos años, y allí estaba Giselle ante sus ojos en la yerba, esperándole. Por unos momentos deseó decírselo: «Giselle, soy yo, Pierre Pajard, tu marido, el mismo que te amó tanto».

—Tienes un anillo muy bonito —dijo Giselle—. ¿Qué es eso? Me refiero a las piedras negras.

—Dos alas.

—¿De qué clase de ave?

—Un murciélago.

—¿Y la piedra verde?

—Una esmeralda.

—Me fijé en el anillo cuando llegaste a casa y me pareció...

—¿El qué?

—Un anillo maravilloso.

Lo dijo con coquetería y entonces le echó los brazos al cuello y lo atrajo hacia ella.

Se besaron y luego Giselle, dijo:

—André, ¿me querrás siempre?

Le preguntaba eso. Era la gran paradoja, la gran burla del destino. La había querido siempre, y por ello solo pensó en Giselle cuando se vio transformado en un joven de veinticuatro años.

—Te querré siempre, Giselle.

—Pero tengo treinta y seis años. Y tú eres tan joven.

—Para ti soy un viejo.

Giselle se echó a reír.

—Ven aquí, viejecito mío —dijo volviéndole a atraer hacia sí, y lo besó ardorosamente con los labios entreabiertos.

CAPÍTULO XIII

Se veían en un apartamento que Giselle había alquilado.

Continuaba la burla del destino.

Todos los días, Pierre acudía a la cita, a las cuatro de la tarde. Allí se veían a solas y se amaban.

Pierre había vuelto a ser feliz con su mujer. Pero ella no sabía que el hombre de quién se había enamorado era su primer marido. No, eso no lo podía saber Giselle.

Ella era la primera en llegar.

Y ahora esperaba ansiosamente la llegada de André, aunque todavía faltaban diez minutos para las cuatro.

Se abrió la puerta y Giselle se volvió exclamando:

—¡André!

Pero la sonrisa se heló en sus labios, porque no era André quién había entrado, sino Raymond Perich, su marido.

Raymond Perich estaba muy serio en la entrada del apartamento, mirándola con el ceño fruncido, una mueca en los labios. Y su lunar parecía haber enrojecido.

—Hola, Giselle.

Ella no dijo nada.

—Lo sé desde hace unos días —prosiguió—. Te he seguido.

¿Qué podía hacer ella?

—Ha vuelto a ocurrir, Raymond.

—¿Ah, sí?

—Dejé a mi primer marido por un hombre más joven. Por ti.

—No es lo mismo... Lo he visto llegar un par de veces. Es un muchacho. No tiene ni veinticinco años y tú ya tienes treinta y seis. No, Giselle, no es lo mismo.

—Le quiero.

—Un capricho.

—No, no es un capricho.

—De modo que lo amas, lo adoras, no puedes vivir sin él.

—Has empleado las palabras justas. No puedo vivir sin André Gremillon.

—¿Y qué te ocurre?

—Quiero el divorcio.

—¿El divorcio?

—Sí.

—No hay divorcio.

—Raymond, yo no te amo.

—Y debo ser comprensivo.

—Sí.

—De modo que te divorcias de mí y te casas con él.

—Necesito a André.

—¿Le has preguntado a él si se casaría contigo?

—No se lo he preguntado todavía. Pero sé que se casará.

Hubo un silencio entre ambos y luego Raymond movió la cabeza en sentido negativo.

—No, querida. No voy a permitir que hagas lo que tú quieras. No habrá divorcio. Nunca te unirás a él.

—Estamos en el año 1971, Raymond.

—¿Y qué? ¿Por estar en el 1971 tengo que cerrar los ojos a todo lo que haga mi mujer?

—No te pido que cierres los ojos, sino que me concedas la libertad. Será fácil para ti. Tengo un amante. Lo admitiré.

—No, no va a ser fácil, Giselle... Voy a hacer las cosas difíciles y para él.

—No te entiendo.

—Es la mar de sencillo. Te voy a matar.

—Estás bromeando, Raymond.

—¿Tú crees?

Raymond se echó a andar hacia la joven.

—¡Párate, Raymond!

Pero él siguió avanzando hacia la joven. En el camino sacó un pañuelo de colores de la gabardina, un pañuelo para el cuello.

—Lo he comprado para ti. Para tu lindo pescuezo, Giselle.

Giselle había retrocedido hasta el lecho, y, al tropezar con el borde, cayó sentada.

Raymond se le echó encima pasándole por detrás el pañuelo que

sujetaba con las dos manos.

—¡No! —gritó Giselle.

Raymond tiró fuerte apresando el cuello de Giselle con el pañuelo y cruzó las manos.

Giselle quedó atenazada. Sus ojos se desorbitaron.

—¡No, Raymond...! ¡No lo hagas!

Raymond empezó a apretar con más fuerza.

—No, querida. Yo no soy el asesino. Te ha matado él. Me preocupé de que nadie me viese entrar. Esto ha sido un crimen pasional. Pero no ha sido obra de tu marido, de Raymond Perich, sino de tu amante, André Gremillon... Es él quien te está asesinando, amor mío. No puedo consentir que seas de nadie. ¿Ves cuánto te quiero? Te quiero tanto que tengo que matarte. Los dos me habéis engañado y recibiréis el castigo...

—Nosotros... Nosotros engañamos a Pierre Pajard —gimió ella con un hilillo de voz.

Luego ya no pudo decir más porque Raymond siguió apretando y el aire huyó de los pulmones de Giselle, y sus ojos parecieron salir de las cuencas.

Raymond continuó por un rato apretándole el cuello, hasta que tuvo la seguridad de que ella ya era un cadáver.

Se apartó del lecho y quedó unos instantes mirando el cuerpo sin vida.

—Sí, nena, nosotros engañamos a Pierre. Pero eso no importaba absolutamente nada.

Descolgó el teléfono y marcó el número de la policía, que se había aprendido.

—¿Policía?... Soy André Gremillon, de veinticuatro años... Acabo de matar a mi amante Giselle Perich. Calle Lapebie, 334, 2 A y colgó.

Se dirigió hacia la puerta y salió del apartamento.

Pasaron cinco minutos y la puerta se abrió de nuevo, dando paso a Pierre. Tenía una sonrisa en los labios. Una sonrisa que se le fue helando, poco a poco, al ver a Giselle en el lecho.

Corrió hacia ella.

—¡Giselle!

Se detuvo viéndola con aquel pañuelo en el cuello, los ojos abiertos, fijos en el techo, la boca entreabierta...

—¡Giselle!

Estaba muerta.

La había encontrado y la había perdido. Su felicidad sólo había durado unos días, una insignificante fracción de tiempo comparada con aquellos veinte años que la había estado esperando.

De repente oyó el sonido característico del coche de la policía.

En un momento cruzó por su mente todo cuanto habría pasado. Aquello era obra de Raymond Perich, del hombre que le había quitado una vez a Giselle, y que ahora se la volvía a quitar para siempre.

Con los ojos llenos de lágrimas llevó su mano izquierda a la derecha, y se quitó el anillo de la esmeralda flanqueada por las alas del murciélago.

Las lágrimas resbalaban por su cara juvenil, la cara de un hombre de veinticuatro años.

Pero, de súbito, empezó a envejecer y su cabello negro se volvió canoso y su piel se arrugó.

Las lágrimas seguían resbalando, ahora por el rostro de un hombre que iba avanzando rápidamente en el tiempo.

Y de los veinticuatro años, saltó a los treinta y cinco. Y luego ya no eran treinta y cinco, sino cincuenta.

Y seguía envejeciendo.

—Adiós, Giselle... Mi Giselle.

Abandonó el apartamento, bajando la escalera lentamente.

Al llegar a la calle vio que estaban saliendo los policías del coche. Uno de ellos se dirigió a él.

—¡Eh, usted!

Pierre se detuvo. Ahora no era ya un hombre de sesenta años, los que tenía cuando encontró el anillo, sino de muchos más.

—¿Vive usted en la casa? —preguntó el policía.

—No. Sólo vine a ver a un amigo... Pero ya no vive aquí. ¿Qué pasa?

—Nos avisaron que se cometió un crimen.

—Oiga, vi algo sospechoso... Un hombre tropezó conmigo en la escalera. Tenía unos cuarenta y cinco años, con un lunar en la mejilla derecha. Iba con prisa. Estaba muy excitado. Ni siquiera se disculpó.

Pierre Pajard estaba al lado del Sena. Tenía un periódico en la

mano. En la primera página en negros titulares se leía:

«Mató a su esposa en un arrebato de celos. El amante, un supuesto joven, no aparece por ninguna parte»

Dejó caer el periódico en el suelo y echó a andar junto a la orilla del río.

Se detuvo y sacó algo del bolsillo, el anillo de esmeralda verde con las alas de murciélago.

—Ya no te necesito —dijo el vagabundo de sesenta años Pierre Pajard.

Arrojó el anillo al Sena, y vio cómo se hundía, formando ondas concéntricas que se iban ensanchando.

Por fin, el agua quedó quieta como antes.

Y entonces Pierre Pajard echó a andar, alejándose.

El anillo de los Walestzy continúa en el Sena. Algún día, alguien lo puede encontrar, y no sabrá la maldición que pesa sobre él, aquellas palabras escritas en el manuscrito que *sir* Alexander Farrell llevó una vez consigo a los Cárpatos, un manuscrito en una de cuyas hojas amarillentas se lee:

«Lego el anillo a mis sucesores. Yo, el conde Walestzy, maldigo a cualquier otra persona que por cualquier forma entrase en posesión del anillo. Porque sólo puede pertenecer a la rama de los Walestzy. Que la maldición de los infiernos caiga sobre cualquier usurpador... Aquel que posea el anillo, y que no sea un Walestzy, tendrá su esmeralda, y ella será para él como tener una asesina en su casa».

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

